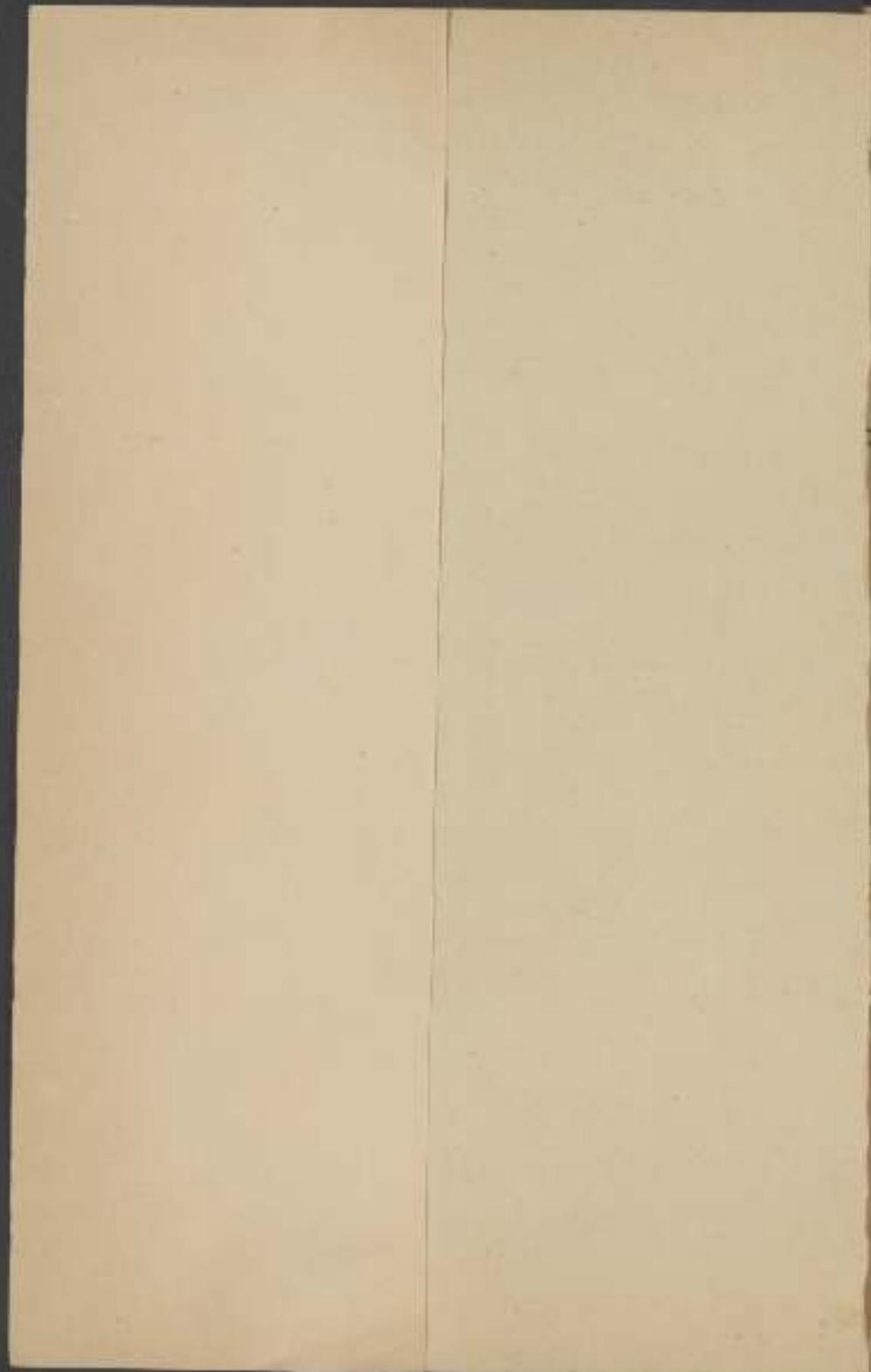


LA ACTRIZ



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18851 - BARCELONA

"The actress"

LA ACTRIZ

Conmovedor asunto, dirigido por
SIDNEY FRANKLYN

Producción
METRO-GOLDWYN-MAYER

*

Distribuida por
METRO-GOLDWYN-MAYER IBERICA, S. A.
Calle Mallorca, núm. 230
BARCELONA

Argumento narrado por ANDRÉS BAYÓN

INTERPRETES

<i>Rose Trelowney</i>	NORMA SHEABER
<i>Tom Wrench</i>	<u>OWEN MOORE</u>
<i>Avonia</i>	GWEN LEE
<i>Colpoys</i>	LEE MORAN
<i>Gadd</i>	ROY D'ARCY
<i>Sra. Telfer</i>	VIRGINIA PEARSON
<i>Sr. Telfer</i>	WILLIAM HENSHIREY
<i>Sra. Mossop</i>	EPPIE ELLSLER
<i>Arthur Gower</i>	<u>RALPH FORBES</u>
<i>El canceller Sir William</i>	
<i>Gower</i>	O. P. HEGGIE
<i>Capitán Foentz</i>	CYRIL CHADWICK
<i>Trafalgar Gower</i>	MARGARET SEDSON

LA ACTRIZ

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

El sol de Londres que aparece con sobria parquedad se había dignado por rara coincidencia iluminar la jira campestre que celebraban los artistas del teatro Wells.

Un coche había ido recogiendo a los cómicos *may* de mañana para poder gozar en toda su plenitud de la soberbia luz de aquel día de Mayo.

En el pescante, unos artistas tocaban trompas y sus ecos despertaban a los vecinos, que se usaban a las ventanas.

El carruaje fué avanzando por las calles londinenses hasta llegar a uno de los barrios viejos, nido de gente bohemia.

Se detuvieron ante una casa de modesto aspecto, la vivienda de la señora Mossop, una buena mujer que había visto desfilar por su hogar varias generaciones de cómicos.

Volvieron los excursionistas a hacer sonar sus mágicas trompas de alegre voz, y los caballos agitaron sus cascabeles.

Era en la época en que no se había inventado aún el automóvil ni otras cosas mecánicas, los días en que la vida tenía un ritmo más plácido, más sereno que en la actualidad.

Corría el siglo diecinueve... Los hombres usaban largos levitones

y sombreros de copa; las mujeres iban de miriñaque. La bohemia estaba de moda, una bohemia alegre y optimista que luego con el transcurso del tiempo se prostituyó...

Para aquellos artistas del teatro Wells, un día de libertad era un don maravilloso.

Esclavos de la obligación cotidiana, siempre en escena para divertir o emocionar a las gentes, aquella jornada de excursión aprovechando un corto interregno de la vida teatral era como un alto en el camino, como una fuente de mágicos colores donde apagar la sed de la gris monotonía...

Los artistas que vivían en casa de la señora Mossop bajaron alegremente la escalera y se acomodaron en el coche, cargados con sus cestas llenas de comida y de botellas de vino.

No estaban todos aún... Siempre los había que se retrasaban. Esta vez eran Rose, la primera actriz, y Tom Wrench, uno de los actores.

Los caballos parecían impacientarse; piafaban, añorando acaso

los amplios caminos entre bosques donde era posible galopar...

Tom, listo ya del todo, fué a llamar al cuarto de Rose. Estaba seguro de que la muchacha, la linda actriz cuyo rostro era alegría y luz, se hallaba arreglándose todavía. Había escuchado poco antes el correr de una silla...

—¡Rose! ¡Rose!... ¡Soy yo... Tom! ¿Estás ya preparada?

Sonó una alegre risita junto a él y Tom, levantando la cabeza, vió asomada encima de la puerta, en el rectángulo de una ventana de cristal, a la primera actriz.

—¡Rose!

—Espera un instante, que voy a abrirte.

No tardó ella en franquearle la puerta, y Tom penetró en la habitación.

Iba la muchacha vestida con miriñaque y un sombrero de cintas, y parecía una de las adorables mujeres pintadas en los abanicos de Wateau.

—¿Qué te parece? — le dijo sonriente, contemplándose a hurtadillas en un espejo y admirada de su elegancia.

—¡Nunca vi nada más bonito en mi vida!

—¡Gracias, Tom!... Ya sabía yo que no podrías decirme otra cosa.

—¡Bonita... encantadora... única!... ¿Estás contenta? Y todo te lo digo con sinceridad, porque es la pura verdad... y porque lo siento.

—¡Qué bueno eres conmigo, Tom!

Rose le acarició dulcemente y, llevada de su carácter alegre y vivaz, tan franco y tan expansivo, le dió un beso en una de las mejillas.

Tom sonrió emocionado e instintivamente pasó sus manos por la mejilla afortunada, como si quisiera recoger la tibia suavidad de aquella caricia.

El joven actor adoraba en silencio a su amiga. Un profundo temor le impedía declarar aquella pasión comprendiendo que era poca cosa para la primera actriz.

Al fin Tom no era más que uno de los actores del montón, sin sobresalir apenas del conjunto... Y Rose podía aspirar a algo mejor:

su arte y su belleza en justa conspiración lo lograrían.

No había reparado nunca Rose en la verdadera clase de sentimiento que le profesaba su amigo.

Le quería como a un hermano al que se pueden confiar todas las cosas. Ni por asomo pasó por su alma la idea de que aquel trato pudiera tener por parte de él una correspondencia distinta.

Se echó a reír cuando Tom, encogido y murmurando unas palabras en voz baja, le entregó un ramito de flores.

—¡Qué galante! Pareces un gran señor versallesco. Te has anticipado a la propia excursión y me traes un jardín a mi casa.

—¿Qué menos mereces tú?

—Pero, amigo mío... Hablas como un poeta... mejor dicho, hablas como quien eres. Ya sé también que escribes.

—Tengo fe en mi arte... y en que algún día he de lograr destacar.

—Así será, Tom... He creído siempre en tus facultades creadoras.

Contemplóse por última vez en la luna del espejo.

Oyeronse voces desde la calle. Los artistas se impacientaban.

—¡Tom! ¡Rose! ¿Es que no vais a salir nunca?

—Corramos, Tom—dijo la actriz—. Nos van a recibir con una silba.

Iban a marchar cuando cayó de las manos de Rose un pañolito de encaje.

—¿Quieres recogermelo?

Tom se había ya inclinado para ello, y, en el instante en que sus manos iban a posarse sobre la bordada tela, el pañuelo adquirió movimiento por sí solo y misteriosamente volvió a las manos de Rose.

—Ya caíste, chico. Es una trampa que no falla—dijo Rose riendo a carcajadas y mostrándole un tencue hilo blanco que cosido al pa-

ñuelo ella tenía anudado al dedo meñique.

—¡Ah, picarona! No está bien que hagas conmigo eso.

—Contigo y con los demás...

—¡Rose! ¡Tom! ¿Bajáis o no?—volvieron a gritar los desesperados cómicos.

Segundos después los diez jóvenes subían al coche, siendo duramente censurados por la absurda tardanza. Pero ¿es que no tenían sangre? ¿No comprendían que era preciso gozar del aire puro del campo y no permanecer perdiendo el tiempo en la ciudad?

A buena hora iban a llegar a la montaña...

Las risas, la palabra cariñosa de Rose, oportuna y discreta siempre, aplacaron las iras, y de las cenizas de la indignación brotó el fuego del compañerismo.

Y el coche partió, majestuoso...

* * *

Otra vez las trompas comovieron la paz de las calles. Parecía que los artistas fueran a una partida de caza de esas tan típicas y bellas de los ingleses.

Se cantaba, se reía, se contaban historietas, mientras sonaban los cascabeles de los caballos como alegres campanitas que fueran sembrando el camino de armonía.

Tom, sacándose un manuscrito del bolsillo, exclamó:

—Voy a leeros otra vez mi comedia. Quiero que escuchéis las modificaciones que he introducido en ella.

—¡No... no!...

Arreñaron las protestas. No se consentía aquel día nada que se pareciese a teatro o a literatura. Habían salido para gozar ampliamen-

te de la Naturaleza, maravillosa en su deleite primaveral, y no querían que la lectura de la obra les privase el apetito.

—Otra vez, Tom—lo decían.

Una noche, en el teatro, acabada la función podían leer el libro. Ahora convenía que las cosas estuvieran en paz.

Resignóse el actor a ocultar el poema de su inspiración y saltó al pescante para tomar las riendas.

Otro cómico se las cedió y Tom, ufano y sonriente, dirigió a la perfección los caballos.

Salieron de Londres. Una amplia carretera bordeada de bosques se extendía ante ellos.

El sol estaba de fiesta. Después de ocultarse durante varios días, les daba ahora su luminosa alegría

que infunde a las almas el contento de vivir.

—Jamás viste caballos en mejores manos—decía Tom mirando a Rose.

Y corrían, corrían, mientras el aire se llenaba de aromas recios y suaves, nacidos del corazón de la propia primavera.

En la dulce alegría que a todos embargaba, nadie se fijó en que una rueda del coche se salía de su eje, alojada más y más a medida que aumentaba la rapidez.

Y de pronto ocurrió lo imprevisto. La rueda saltó, despedida con furia, y el coche dió un estremecedor vaivén, inclinándose hacia un lado como barco que fuera a naufragar y quedando atascado en medio del camino.

Tan grande fué la violencia del golpe que varios ocupantes salieron despedidos del carruaje, entre ellos Rose, que dió una voltereta que en pleno circo hubiera tenido una ovación.

Nadie sufrió el menor daño. Solamente el susto consiguiente.

Cerca de allí, en dirección con-

traria había pasado un lujoso landó conduciendo a un joven.

Hizo éste detener inmediatamente los caballos y corrió a auxiliar a la muchacha, a la que había visto un momento volar.

—¿Se ha hecho usted daño, señorita?

—No, no es nada... Muchas gracias por su interés.

Y Rose, aturdida aún, contempló al desconocido, admirando la elegancia de su figura y sus facciones correctas y varoniles.

Acudieron Tom y una chica llamada Mary, otra artista de la compañía, una rubia deliciosa.

—Si en algo puedo ayudarles... —insinuó el joven del landó.

—No es necesario... Muy agradecidos—respondió Tom.

Y dando el brazo a Rose y a Mary se dirigió hacia el sitio donde estaba atascado el carruaje.

Rose se volvió mientras caminaba, sonriendo al joven de porte aristocrático.

Éste saludó reverente y después volvió a su coche.

Los artistas habían recogido la

rueda y en vano trataron de aplicarla a su eje.

Tenia varios radios partidos y se hacía imposible que pudiera sustentar el peso proporcional del coche.

—¡Buena la hicimos!—comentó el director de la compañía—. Se ha roto la rueda... y hemos estropeado la comida.

El golpe había vaciado los cestos, rompiendo algunas botellas que mojaron los sabrosos alimentos.

—¡Se nos ha aguada la fiesta!—exclamó Mary.

—No nos queda más remedio que volver a casa andando...

Se miraban unos a otros con hondo sentimiento, procurando buscar al responsable de lo sucedido.

Algunos acusaron a Tom por ser quien guiaba el carro. ¡Zoque! ¡Por qué había tenido que meterse en lo que no le importaba? Si no hubiese ido con tanta velocidad no habría ocurrido la catástrofe.

Tom se defendía bravamente de los que querían hacerle cargar con la culpa. Y Rose le ayudaba pro-

clamando con insistentes gritos su inocencia.

Cuando la discusión iba a adquirir más agrias proporciones apareció el cochero que guiaba el landó del joven desconocido. Llevaba una rueda en las manos y explicó:

—Mi amo dice que se sirvan aceptar esta rueda con sus mejores deseos... y con todo mi sentimiento.

Una explosión de júbilo iluminó todos los semblantes. Miraron al generoso y desinteresado protector y le tributaron una ovación... ¡Simpatío caballero! Se hallaba allí, a la derecha del camino, junto al landó que aparecía inclinado por la falta de una de las ruedas.

Rose, llevada de su carácter jovial y comunicativo que no sabía ocultar nunca sus verdaderos sentimientos, corrió hacia el joven.

—Quiero darle las gracias por la rueda, señor...

—Gower... Arthur Gower—aclará él, sonriente.

—Yo soy la señorita Trelawney... Rose Trelawney—repitió con la satisfacción de la mujer que

está orgullosa de un apellido de renombre.

— ¡La Trelawney! ¡La artista que conocía todo Londres en sus comedias finas y dramáticas!

Pero Arthur no pareció impresionado en lo más mínimo, como si fuera la primera vez que escuchara tal nombre en su vida.

—Trelawney—insistió ella—, primera actriz del teatro Wells... ¿No me ha oído nombrar nunca?

—Con franqueza le confieso que no.

—Pero... ¿es posible?

—No es culpa mía... No frecuento los teatros—repuso el aristócrata.

—Pues entonces, ¿qué hace usted por la noche?—preguntó ella algo picada—, ¿Pasa las veladas jugando al tresillo?

—Sí.

—¡Ah, no le alabo el gusto!

Sonriente, con un ansia de reírse del buen muchacho y, por otra parte, atraída por cierta simpatía hacia él, echó a tierra el pañuelo que llevaba atado a uno de sus dedos con un hilo poco menos que invisible.

Arthur, galante, se apresuró a recogerlo. Rose tiró del hilo y el pañuelo se elevó veloz hasta su alcance.

Él la contempló severamente, un poco disgustado por lo que creía una burla.

Y Rose, lanzando una sonora carcajada que estremeció sus hombros de magnífica redondez, volvió al coche donde la rueda acababa de ser colocada.

Momentos después el carruaje de los artistas reanudaba la marcha y todos sus ocupantes prorrumpan en grandes exclamaciones de contento y salutación hacia Arthur.

Este correspondía saludando con la mano... Sus ojos estaban clavados en Rose, la inquietante criatura.

Rose reía y su boca de granada abierta mostraba las oleadas luminosas de su interior.

A medida que el vehículo fué alejándose, Rose cesó de sonreír y sus labios en diferentes gradaciones pasaron de la risa a la sonrisa, de ésta a la seriedad, adquiriendo luego un mohín severo de preocupación.

Repentinamente grave contem-

plaba en lontananza al hombre distinguido, de sangre azul, que prefería hacer a pie su camino, para que ellos, coro de artistas medio locos, pudieran pasar su gran día de fiesta y libertad.

La gratitud hacia Arthur tomó de pronto forma viva, activa, en su alma...

La excursión en pleno campo fué inolvidable. El coche les condujo muy lejos. Bajaron a medio día de él y se desparramaron por las laderas de las montañas vecinas, ansiosos de correr, de reír, de saltar, de jugar, de agotar los matices del alegre prisma de la vida.

Después la comida, los brindis... Por la tarde, baile, acompañado por el tañido de instrumentos musicales que llevaban a prevención; canciones, todos los cantos que se llevan en el alma y en un momento dado saltan a los labios como una necesidad imprescindible.

Tom fué el más fiel compañero de Rose, el amigo cumplido y cariñoso. Pero sus palabras de amor se ahogaron en sus labios apenas quisieron pronunciarse.

¡No podía!...

Tal vez en otra excursión...

Y, sin embargo, hubiera sido tan oportuna en aquella hora de anocheado, cuando regresaban a la ciudad y la luz era ya un solo tenue velo rojo y los bosques no eran ya más que sombras compactas y negruzcas, habría tenido tantos motivos de éxito una declaración de amor dicha al oído de una mujer...

Tom no se atrevió...

Y eso que cerca de él uno de los cómicos cantaba con una emoción que ponía temblores de lágrimas en sus ojos:

Haz al amor prisionero.

No lo dejes escapar.

*Amor que no se recoge
nunca jamás volverá.*

Rose guardaba silencio... Creyó, ilusionada, ver aparecer muchas veces por el camino al joven Arthur, al aristócrata cordial a quien debían el haber podido reanudar la excursión.

Y por primera vez en la vida Rose miraba con ojos de inquietud cuanto la rodeaba...



Arthur Gower vivía en Cavendish Square, el barrio más aristocrático de Londres, con su abuelo el canciller Sir William Gower.

El canciller era un noble montado a la antigua escuela. Creía aún a las gentes divididas en castas y las seleccionaba por categorías.

Los hombres de estirpe azul formaban, según él, una clase superior, poderosa. Los demás eran plebe, pueblo, a quien el canciller desdeñaba con los vigorosos prejuicios de su hermética doctrina.

Sir William había sido muy desgraciado en su vida. Esto había contribuido a agriar su carácter, con el eguismo de los desdichados que querrian ver a los demás ensombrecidos por penalidades idióticas.

Cuando se es feliz no cuesta demasiado mostrarse complaciente y dadivoso con los humanos. Lo difícil es dar la alegría a los otros cuando se sabe que ésta nunca podrá ser nuestra.

Casado muy joven, tuvo la desgracia de que se le muriera la compañera de su vida, dejándole un niño de pocos años, llamado Jorge, que fué creciendo con la palidez y los exquisitos cuidados que requieren las flores de estufa.

Fuó una lucha titánica entre la vida y la muerte. ¡Con qué desce, con qué energía combatió la anemia, los microbes letales que envolvían como una plaga y tenían su nido en el cuerpo del muchacho!

La vida venció aquella vez, al menos de modo relativo, superficial. Pasó el chico por la difícil época de la adolescencia, salvando sus peligros y entrando con mayor fortaleza en la juventud.

A los veintidós años, fuerte como no lo estuvo nunca, vencida la constante anemia por unos abundantes glóbulos rojos, por el hierro vigoroso de una nueva naturaleza, contrajo Jorge matrimonio con una preciosa muchacha, cargada de oro y de blasones.

Dos hijos nacieron de esta unión, dos nietos que el canciller adoró con alegría de patriarca que ve perpetuada su raza más allá de la muerte.

El primero fué Arthur; el otro, una niña, Clara, una rubia de color de sol, de ojos azules y admirables de agua marina.

Pero la felicidad no parecía sentirse bien en aquella casa.

La muerte se había empeñado en llevarse en su barca fúnebre a Jorge y, no pudiendo vencerle con las armas de la anemia, le hizo caer de modo estúpido en su seno.

Patinando cierto día por una

montaña de Montreux, Jorge perdió el equilibrio, precipitándose al fondo de un gigantesco barranco.

Lo encontraron muerto con la cabeza aplastada.

Aquel inesperado golpe fué algo terrible para Sir William. Estuvo mucho tiempo deseando seguir a su hijo, mas luego reaccionó de su pena y puso en Arthur todas las ternuras de su corazón dolorido.

Pero aun no había acabado el viento de la adversidad de azotar las abiertas ventanas de la vida de aquella familia.

La viuda de Jorge murió algún tiempo después en plena juventud y cuando, olvidando el duelo causado por la muerte del marido, comenzaba a sentir en su ardiente alma de treinta años las inquietudes y la necesidad imperiosa de un nuevo amor.

Acaso fué algún bien aquella muerte causada por unas fiebres malignas. Clara y Arthur se evitaron el hondo dolor de tener un padrastro, un hombre que siempre sería para ellos un intruso que ocupaba el puesto del desaparecido.

El abuelo dedicóse entonces por entero, de modo absorbente y exclusivo, a la educación de sus dos nietos. Al correr de los años Arthur fué un gentlemán, distinguido y aristocrático, educado con la intensa severidad británica, suavizada por un temperamento de carácter meridional. Clara fué la flor delicada por excelencia; todo en ella respiraba serenidad, selección, buen gusto... Su estirpe parecía haber reunido en aquella criatura humana todas las gracias de los viejos ascendientes que sólo se cruzaban con familias de abolengo glorioso.

Clara se casó con un capitán del ejército, el señor de Foenix, otro aristócrata de viejo cuño que usaba patillas, nota de buen tono en aquellos días.

A la educación de sus nietos contribuyó la señora Trafalgar, hermana solterona del canciller, mujer seca de corazón, regida únicamente por los razonamientos de su cerebro.

Arthur había llegado a los veintifós años de su vida llevando una existencia impecable, de gran se-

ñor. Vigilado cuidadosamente por su abuelo, apenas había tenido ocasión de deleitarse con los *flirts* fáciles de los salones.

Y he aquí que de pronto una mujer, una artista que él desconocía, vista una mañana de primavera en un camino cercano a Londres, conmovía su corazón.

El mismo día de su encuentro con Rose leyó en los periódicos el anuncio del teatro Wells.

Nunca lo había leído, pues su única diversión era el Club y no le interesaban las funciones teatrales. Pero sintió una profunda satisfacción cuando vió el nombre de Rose Tralewney como primera actriz de la compañía.

Y a la otra noche, en vez de dirigirse al Club fué al teatro y vió actuar a Rose, la muñeca juvenil, graciosa. Si como mujer era Rose toda una preciosidad de criatura, de Eva moderna, como artista no le iba a la zaga, y lo mismo estaba en su papel adecuado cuando representaba una escena dramática, que en los momentos de fina comicidad.

Ocupó Arthur un palco proscen-

nio, y aplaudió a rabiar el éxito de la famosa actriz que cosechaba las mejores ovaciones.

Y a la otra noche volvió al teatro y mandó un ramo de flores a Rose, haciéndole prometer a la encargada que guardaría silencio sobre el nombre del remitente.

Llevaba ya una semana repitiendo el anónimo homenaje y admirado cada vez más de la gracia incomparable de la actriz... Pero la turbación inicial del mozo que por primera vez emprende una aventura de amor pegaba la lengua a su paladar, impidiéndole acercarse a Rose.

Antes iba al Club cada dos o

tres noches a la semana; ahora salía diariamente después de cenar.

Su abuelo, siempre vigilante, le llamó la atención.

—¿Dónde vas?

—Al Club como siempre... abuelo.

—No ibas antes con tanta frecuencia.

—Me voy acostumbrando a él. ¡Se está tan bien jugando al *poker*!

—No vuelvas tarde.

Arthur se puso su abrigo de pieles y salió del palacio.

¡Con qué secreto anhelo de su alma esperaba volver a ver a Rose!

Al llegar al palco proscenio la función iba a comenzar. El teatro estaba abarrotado de un público distinguido. Relucían las joyas sobre los vestidos de seda de las damas, y ponían su nota severa y elegante los trajes de etiqueta de los caballeros.

Arthur entregó un ramo de magníficas rosas que a prevención traía, a uno de los acomodadores.

—¿Puedo estar seguro de que la señorita Tralewney no sabe quién le viene enviando flores cada día?—preguntó.

—No sabe nada, señor... Así no me extraña que venga usted todas las noches. La muchacha se lo merece...

No podía suponer Arthur que su secreto había sido ya comuni-

cado a Rose por el propio acomodador.

Este se negó durante los primeros días a decir a la actriz quién era el galante remitente de las flores, pero ante la mimosa insistencia acabó por confesar.

Y a través de una abertura hecha en el gran telón de boca, Rose pudo contemplar la fisonomía del galante caballero.

La emoción y la sorpresa tiñeron sus mejillas al reconocer en el apuesto mozo al joven de la mañana de excursión.

La repetición del obsequio de las flores le indicó que Arthur se interesaba de modo constante por ella, y sintió en el alma la divina alegría de ser amada.

Mas ¿qué esperaba aquel mu-

chacho para acercarse al escenario y hablarla y decirle de palabra lo que su regalo y la mirada penetrante y fija de sus ojos querían expresar?

Aquella noche volvió a contemplarle desde el agujero del telón y, palmeando de júbilo, dijo a su amiga Mary, obligándola a mirar a su vez:

—Es simpático... ¿verdad, Mary?

—¡Adorable!

—¡Qué ojos azules... más bonitos!

—Sí...

—¡Qué facciones más distinguidas!... Es apuesto y gentil como un trovador.

Tom, vestido de soldado romano para aparecer pronto a escena, acercóse a las muchachas y miró también al palco proscenio.

Sonrió despectivamente, mordido por los celos, ante la preocupación que Rose demostraba por el aristócrata.

—Si tuviera el menor interés por ti... ya hubiera encontrado la puerta del escenario... No te hagas demasiadas ilusiones—le dijo.

—Pero si nunca le di motivos para que se atreviera... Tom, yo te digo que esta noche le verás de rodillas a mis pies.

—¡Qué ganas de perder el tiempo en sueños irrealizables!—murmuró entre dientes.

Dióse orden de comenzar la función.

Un obrero encendió con una esponja empapada de alcohol las luces de gas de las candilejas, y los músicos comenzaron a preludear la melodía de la comedia.

Levantóse el telón.

El escenario representaba un palacio romano decorado con admirable suntuosidad.

Estaban el pretor y los soldados de Roma con sus relucientes castos imperiales.

Rose figuraba una esclava oriental sometida al yugo de Roma.

Hermosa, magnífica, lánguida, la artista danzó, bailó ardientemente con ritmo sollozante y voluptuoso, hasta caer, implorante y rendida, a los pies del vencedor.

Arthur siguió con la mirada la actuación de la bailarina. Cada noche encontraba a Rose más en-

cantadora... Pero, ¿cómo ir al escenario a hablarle, a entablar conversación con ella, si le faltaba la audacia que sólo proporciona la experiencia, y él era un novato en tales cuestiones?

Sin embargo, cuando acabó la obra y el pretor romano cayó vencido por la belleza tentadora de la esclava, una mujer, la encargada de los camarines de las artistas, llamó al palco proscenio y entregó a Arthur una carta.

Turbado, el joven leyó:

¿Quiere esperar un momento cuando termine la función?

Deseo darle las gracias por las flores.

Rose Trelawney.

Una intensa emoción se apoderó de Arthur. ¿Cómo había adivinado Rose que era él la persona de las flores? ¡Ah, indudablemente el criado había hablado demasiado! Pero bendijo aquella imprudencia que le permitiría vencer su forzado silencio y decirle a Rose la profunda simpatía que le inspiraba...

Sin atreverse a subir al escena-

rio esperó en el propio palco proscenio, creyendo que Rose iría a visitarle allí. ¿No había dicho que esperase?

La sala fué desalojándose lentamente hasta quedar por completo desierta. Apagose la iluminación, quedando el aluminado supletorio. Y Arthur permaneció en su palco, aguardando la visita de Rose y sin comprender que era esperado ardientemente en el escenario.

La actriz se había vestido las mejores galas y esperaba impaciente en el escenario la llegada de su admirador.

Era incomprensible que no hubiese venido después del perfumado billete que le mandó. Pues ¿qué? ¿iba a repetir él aquel regalo diario de flores para no aceptar ahora aquella entrevista?

Comentaba con su amiga Mary la incomprensible ausencia de Arthur.

Llamó al portero del escenario y preguntóle:

—¿Está usted seguro de que el señor Arthur Gower no preguntó por mí?

—Aquí no ha venido nadie.

Rose estaba indignada.

—Tengo yo la culpa—dijo de pronto—. Le espanté con aquella nota que le escribí.

—Si te quisiera de veras...

—¿El insolente! ¡Y se atreve a mandarme flores!

—Ya te lo decía yo... No busques nunca amor fuera de tu lugar—le dijo Tom, sonriente, mientras acababa de dictar varias órdenes para el mejor cuidado del decorado.

—¿Qué sabes tú? Acaso no haya podido esperarme...

—No se deja a una mujer por nada cuando hay verdadero interés—le respondió.

—No hables así, porque me sulfuras...

Tom, tarareando una canción de moda, con lo que procuraba olvidar sus tristezas de amor, fué de nuevo a levantar el telón para que se ventilara el escenario.

Mary y Tom fueron los primeros que se dieron cuenta. Allá, en el proscenio, aguardando, paciente y tranquilo, estaba la figura inmóvil de Arthur.

El cómico se mordió los labios con cierta ira al ver a su rival aguardando, y Mary lanzó una exclamación de júbilo, diciendo a su amiga Rose:

—¡Él!

Volvió la cabeza la primera actriz y al ver a Arthur su cuerpo se estremeció de júbilo.

Corrió hacia el palco y saludó a su amigo.

—Le esperaba en el escenario. Ya pensaba que no acudiría usted.

—No me atreví...

—Deseaba darle mis más complidas gracias por las flores... ¡Usted no sabe cómo las aprecio!—dijo con mimo.

Le sonreía con inmensa felicidad, conmovida por el encuentro.

Acudieron Mary y Tom... Rose hizo las presentaciones...

Tom estrechó friamente la mano de aquel hombre afortunado al que consideraba un rival con suerte.

Nunca Rose había tenido para Tom las efusiones, la alegría bulliciosa, nacida de su propio corazón, que ahora demostraba por Arthur. El pobre cómico sintió en

su alma el aguijón de los celos, pero no de unos celos feroces y agresivos, que nunca se avendrían con su temperamento suave, sino un sentimiento de resignación, de paciencia, de infibición, comprendiendo que no podría ver realizadas sus ilusiones y descando por otra parte que Rose tuviera en la vida su merecida felicidad.

Rose y Arthur hablaban en voz baja, y Mary, que pensó que aquel diálogo iría mejor sin testigos, dijo de repente a Tom con ánimo de alejarse de allí:

—Tom... muchas gracias por haberme invitado a cenar... ¡Vamos ya!

El cómico la miró sorprendido, pero, no queriendo desmentirla, salió con ella, después de haberse despedido con cierta frialdad de Rose y de Arthur.

Ya entre bastidores, Mary aclaró su actitud.

—No te extrañe lo que he hecho... El amor no quiere importunos... Y me parece que Rose está enamorada de Arthur... He querido que les dejásemos solos.

—Hiciste bien...

—De lo de la cena no hay que hablar más... Ha sido una broma, como puedes figurarte.

—No... yo quiero obsequiarte esta misma noche... Ven conmigo al restaurante.

Y aunque Mary rehusó repetidas veces, no tuvo otro remedio que aceptar para no desairar a su compañero.

Tom necesitaba compañía después de su derrota sentimental... Mary no significaba para él más que una simple amiga, pero siempre era preferible su compañía a permanecer solitario, turbado por amargos recuerdos.

Y en el palco proscenio, al verse solos, Arthur, recobrando su tranquilidad, dijo a su amiga:

—Señorita Rose, ¿quiere usted hacerme el favor de cenar conmigo?

—¿Cenar con usted? ¡Sí, Arthur, sí!...

Y sus ojos relampaguearon de alegría.

Fueron a un restaurante situado en un parque de atracciones.

Y Arthur, atravesado ya el frío hielo de las primeras pala-

bras, mostróse el espíritu enamorado, ardiente, arrebatado y gracioso para decir ternuras y cantos de belleza a la mujer que iba con él.

Era su primera aventura de real y profundo amor ¡Y se sentían tan orgullosos sus veintidós años, de llevar a su lado a la famosa actriz de juventud radiante y ojos maravillosos!

Subieron a los caballitos, y a la gran rueda, y bailaron, y luego fueron a las montañas rusas y eran como dos novíos ingenuos en su inocente diversión.

Era más de medianoche cuando Arthur en automóvil acompañó a su linda amiga a su casa.

Entró con ella en el zaguán, junto a la escalera.

—He pasado la noche más agradable de mi vida—dijo Rose.

—¡Y yo! Quiero que se repita... ¿Y usted?

—¡También!

—Mañana volveré al teatro...

—¿Y me traerá usted flores?—dijo ilusionada.

—Una gran *corbeille*... ¡Oh, Rose!... Bendito sea aquel acci-

dente de la rueda que me permitió fijarme en usted.

La joven bajó los ojos.

No quiso decir que en su alma vibraba idéntico sentimiento, que también había bendecido más de una vez la rueda salvadora.

Y de pronto Arthur, venciendo las últimas notas de su timidez, acarició a Rose y llenó su rostro de besos.

—Pero, Arthur...

—¡Rose!... ¡Rose!...

Y la besó en la boca con un beso largo y suave a la vez...

La muchacha, emocionada, se abandonó, repitiendo también aquel beso de juventud y de amor.

Pero el chasquido de aquellas caricias había puesto "rumor de alas", como decía el poeta, en la escalera, y se asomaron a los rellanos varios huéspedes de la pensión, contemplando asombrados y risueños a los dos jóvenes.

Cuando Rose se dió cuenta de que era observada, estrechó la mano de Arthur diciéndole:

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

Y, avergonzada, corrió a ocultarse en su habitación; y ya en

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ella, ante el espejo, contempló su rostro enrojecido aún por la emoción de los labios varoniles.

El amor la tenía en sus redes...
Una más...

Y Arthur subió a su automóvil y emprendió loca velocidad por las calles desiertas con un anhelo de dominar al mundo... Se creía un dios... Estaba enamorado...

Y aquel eslabón de oro se unió a otros de tan precioso metal, formando la cadena mágica del amor.

Eran novios...

Arthur había prometido casarse con Rose, a condición de que abandonara la escena.

Ella accedió sin tristeza. ¡Todo lo hubiera dejado para poder estar al lado del hombre que adoraba!

Tom procuraba apartar de su mente los tristes pensamientos y se mostraba radiante ante Rose.

Se había sometido a su destino que le impedía poder unirse a la mujer amada. No sólo procuraría ocultar sus sentimientos, sino que favorecería en lo posible la felicidad de su amiga.

Cuando el abuelo de Arthur se enteró de las relaciones de éste, mostró una indignación exaltada.

Después se echó a reír, no queriendo dar demasiada importancia a lo que consideraba un *flirt*, una conquista galante y trivial de su nieto.

Pero le aconsejó dejase cuanto antes aquellos enredos amorosos que no le podían conducir a nada bueno.

Ni por un momento supuso que Arthur quisiera llevar aquel amor al mismo matrimonio.

No, Arthur estaba destinado a una mujer aristocrática, hija de familia ilustre de rancios pergaminos, jamás a una hija del pueblo, a una cómica... Y al pronunciar

esta palabra ponía en ella todo el desprecio que le inspiraban las gentes faranduleras...

Arthur protestó contra los conceptos del abuelo. Él amaba a Rose y quería hacerla su mujer.

—¿Estás loco?—le gritó el canciller, asombrado—. ¡Un Gower, un hombre de mi raza, eternamente depurada por la unión con familias blasonadas, un nieto mio... casado con una mujer plebeya!... ¡No!

Se erguía amenazador como si por boca de él hablasen todos los antepasados, indignados.

—¡La amo!—exclamó el joven.

—Eso no me interesa. Pero tú, el limpio heredero de mi nombre, víctima de un capricho vulgar...

—No es un pasatiempo, abuelo...

—Sea lo que sea, no te daré nunca mi autorización.

—Si tú conocieras a Rose... la querías.

—No me importa esa... señorita. Me basta saber que es bastante lista para cazar a un incauto como tú.

—Te engañas, abuelo. Me quiere desinteresadamente.

—¿Cómo puede ser que te hayas enamorado de ella? ¡Y me mentías todas las noches diciendo que ibas al Club!... ¡Ah, parece mentira que un hombre al que yo creía adornado por tantas prendas de valer, se haya dejado seducir como un chucuelo por una plebeya... por una cómica!

El joven bajó los ojos. Hubiera podido decir como en los versos magníficos de *La Traonaz*:

¿Qué quieres?

Cuando amor sus dardos nos

[arroja,

no repara en sangre azul ni

[roja

ni hace distinción entre los

[zeres.

Alejóse el abuelo mascullando palabras violentas y terribles. Era el primer disgusto que le daba su nieto; pero no estaba dispuesto a tolerarlo.

Tampoco Arthur quería ceder. Y a pesar de la oposición de la familia, prometió casarse, costara lo que costara, con Rose.

Esta vivía horas inolvidables.

¡Maldito lo que le importaba que Arthur fuera aristócrata, que tuviera escudo nobiliario, que fuese rico! Deseaba únicamente a aquel joven y le hubiera querido aunque procediera de las últimas categorías sociales.

Arthur era el primer hombre que le interesaba en la vida. Huérfana desde temprana edad, había sido recogida por una tía suya, artista de carácter, que la obligó a ir a una escuela de declamación deseando que fuera cómica.

La niña aprendió lo suyo; y como tenía además un formidable temperamento de artista, pronto logró éxito en sus papeles teatrales, comenzando por obscura mención para ascender más tarde a la categoría de primera actriz.

Muerta su tía, había encontra-

do entre los artistas del teatro Wells una nueva y admirable familia.

Simpatizó de modo particular con Tom, un hermano para ella, el hermano que nunca había tenido.

Hasta que conoció a Arthur no supo lo que era amor... ¡Si ella hubiera adivinado los sufrimientos internos del varonil corazón de Tom, ahogándose en el oleaje de una pasión imposible!

Mas ¿cómo iba a reparar en ellos si Tom procuraba alegrar su semblante ante la presencia de su amiga?

Y los dos enamorados estaban ajenos a todo, deseosos de vencer las dificultades, la oposición del abuelo, los prejuicios de raza, para proclamar, majestuoso como el sol en el cenit, su amor triunfante.

Rose se despidió del teatro. Las cosas iban tan en serio que la muchacha se casaba una semana después.

Arthur, sin hacer caso de los consejos y órdenes de sus familiares, de su propia hermana Clara, orgullosa y pura en su vanidad de aristócrata, iba a contraer matrimonio con la primera actriz.

Y una noche, en el viejo escenario del teatro Wells, la compañía se reunió para celebrar alegremente un triste acontecimiento... Rose les dejaba.

Ella y Arthur presidían la mesa...

Había asegurado el joven a su abuelo que se casaría con Rose aunque le negara su consentimiento, y estaba ahora demostrando

que no volvía atrás. Dentro de unos días se casaba... Si le desheredaban, tampoco variaría su resolución... Tenía brazos para trabajar, una cabeza inteligente y despejada para ser útil en cualquier parte.

Ni uno solo de los artistas había dejado de concurrir a aquel banquete de despedida después de la función, a las dos de la madrugada.

Mary miraba alegremente a su amiga, envidiándole su felicidad y burlándose de las galanterías de Gadd, uno de los artistas, que llevaba algún tiempo cortejándola.

Tom aparecía taciturno, contemplando a la feliz pareja. ¡Y él nunca podría ser dichoso como ellos! Porque el recuerdo de Rose

no se borraría de su alma, y ningún otro amor futuro sería posible que borrara aquel.

De vez en cuando Rose le miraba, envolviéndole en una ojeada cariñosa como si quisiera hacerle partícipe de su felicidad.

A la hora de los brindis el primer actor levantó su copa de champaña en honor de la homenajeada.

—El amor nos ha robado a nuestra mejor actriz... a nuestra flor más adorable... a nuestra Rose... No la recriminemos por ello. Es la vida que pasa y manda sobre nuestros afectos y nuestros deseos. ¡Levantemos todos nuestra copa por la salud y felicidad de nuestra querida Rose!...

Todos se pusieron de pie bebiendo por la festejada.

—Y ahora Rose va a dirigirnos la palabra—añadió el primer actor.

Temblorosa, Rose quiso excusarse.

Las voces de: "¡Habla, habla!" la obligaron a ponerse en pie.

—¡Gracias, amigos!... Sólo pue-

do decirles que muchas gracias... Y no creáis que voy a olvidar a mis viejos amigos cuando me case.

—¡Bravo! ¡Bien por Rose!

—¡Viva la novia!

—¡Gloria a la juventud!

—¡Silencio... silencio!—dijo el director—. Ahora es preciso que nos diga unas cuantas palabras el caballero que se la lleva... Arthur Gower.

—No, yo no, nunca he hablado en público—replicó el novio, angustiado.

—Anda, no vas a ser menos que yo—le dijo Rose.

—Perdona, no puedo...

—Hay que hablar, hay que decir algo.

—Si no hablas, no te permitimos que te llesves a Rose—dijo la voz de otro cómico.

Arthur se levantó y con voz rota por la emoción dijo:

—Yo... re...al...mente...

—¡Ánimo!—le murmuró su novia en voz queda.

Más repuesto, el joven acabó por decir:

—Mi único deseo es que Rose

sea tan feliz después de casada como lo ha sido con sus buenos compañeros del Wells.

Sonaron grandes ovaciones, y se volvió a beber en honor de los enamorados.

La copa de vino tembló muchas veces entre las manos de Tom.

De pronto todos emudecieron al ver entrar en la platea del teatro a un caballero anciano de aspecto energético, majestuoso.

Se apoyaba en un bastón e iba avanzando con un empaque de rey absoluto.

El aspecto imponente de aquel hombre hizo apagar todos los gritos como si se hallaran ante un inquisidor.

Ninguno de los artistas supo quién era; no le habían visto en su vida.

Arthur se levantó asustado; era la única persona que allí le conocía. Le contempló con temor, comprendiendo que venía a aguarles la fiesta.

Corrió hacia las candilejas y exclamó ante el asombro de todos: —¡Abuelo!

Se miraron los artistas unos a otros, y, como el que más y el que menos todos conocían la oposición que a aquel casamiento hacía el abuelo del novio, sospecharon que iba a ocurrir una escena terrible.

El viejo canciller, mirando altivamente a aquella gente que en su fuero interno le parecía sencillamente despreciable, subió al escenario.

Quedó en un rincón, cerca de las bambalinas, como si le causara repugnancia el contacto de toda aquella gente.

Arthur, reaccionando en su primera cobardía, exclamó:

—Señoras y caballeros... les presento a mi abuelo Sir William Gower.

Los cómicos inclinaron la cabeza con exageración, como si representasen una comedia de época. El canciller no se dignó mover ni un músculo de su cara.

Rose tenía miedo...

—¡Arthur, quiero hablarte!— le dijo el viejo.

—¡Abuelo!—contestó dignamente el muchacho—. Supongo a lo que viene usted... Jamás le he desobedecido... pero esta vez seguiré mi propia voluntad, porque...

—¿Por qué?—repitió con ironía el canciller.

—Porque quiero a la señorita Rose Trelawney.

Vió el canciller tanta firmeza, tan implacable seguridad en la expresión de su nieto, que no quiso contradecirle. Y procurando hacer menos desagradable el timbre de su voz, contestó:

—¡Bien!... No vengo a importunarte demasiado. Sólo desco que el casamiento se aplace por un tiempo para que tengas ocasión de reflexionar.

El abuelo había estado anteriormente hablando con sus familiares sobre lo que convenía hacer ante la conducta de Arthur. Aunque al principio prevalecieron las actitudes feroces y enérgicas, se acabó por procurar una fórmula de armonía.

Era muy triste reunir ahora con

el heredero de la casa. Sin Arthur, el viejo palacio quedaría abandonado y el abuelo sentiría como si se le hubiese muerto otro individuo de la familia.

No; a pesar del desprecio que les inspiraba la cómica y todas las gentes de su laya, era preciso no mostrarse demasiado exigente con el proyecto de boda.

Acordóse llevar a Rose a la casa de los Gower. Estaban todos seguros de que bastarían unos días de permanencia allí para que Arthur se diera cuenta de la inmensa distancia social que le separaba de su novia.

Preferible era hablar de este modo con picardía y diplomacia a usar procedimientos enérgicos que podrían resultar contraproducentes.

Sir William contempló con rostro menos agresivo a Rose, que, temerosa, se abrazaba a su amiga Mary, y dijo momentos después:

—Arthur, para que veas que soy complaciente con tus asuntos, vas

a traer a esta señorita a nuestra casa durante algún tiempo... Si al cabo de él te convences de que tu felicidad estriba en casarte con la actriz, yo no me opondré... Pero deseo que pases la prueba de tener a la joven en palacio.

—¿Qué buscas con eso, abuelo? ¿Qué pretendes?

—Tu dicha.

—Gracias, abuelo... Me someto a esa condición que no hará variar un ápice mi amor por la elegida.

—Admiro tu constancia.

El joven corrió a abrazar a su novia y le dijo:

—¡No temas, Rose querida!... El aplazamiento es cuestión de poco tiempo. A los dos días de estar en Cavendish Square todos te que-
rrán...

La actriz, toda ternura y bondad, accedió de buen grado.

—No tengo inconveniente alguno en que se demore nuestra boda... También yo deseo convencerme de si tu cariño es tan firme como dices.

—¿Puedes dudarlo, ingrata?

—No, no... ¡Pero es tan bonito probar!

El canciller no pudo menos de sonreír a la artista.

¡Simpática lo era la muchacha!... Ahora, que de eso a admitirla como nieta, mediaba un abismo insuperable.

—Bueno, bueno... ya sabes—agregó el abuelo—. Desde mañana esa señorita viene a vivir con nosotros.

—¡Así será!—respondió Arthur acariciando a su novia para hacer ver al viejo que no variaría su resolución.

El canciller descendió con el mismo empaque ceremonioso las escaleras que conducían a la platea y, apoyándose en su bastón, salió del teatro sin volverse una sola vez a saludar a los artistas.

—Amigos míos—aclaró Arthur cuando su abuelo hubo desaparecido—. La cosa no tiene la menor importancia. Todo lo contrario. Ahora me propongo casarme con Rose teniendo el consentimiento de mi familia. De modo que... a



— ¡Nunca vi nada más bonito en mi vida!



Eligamho con esclava oriental, summitar al yugo de Roma.



—Au tempo inconveniente algum de que se demore naquela festa



Después de cenar hubo un momento de baile libre.



—... por posito apuente más este ambiente, querido Artur...



—(Micael al primo?)



Su voz se hizo oír, hermosa y vibrante...



—... le pèdi a Rose que locase.

seguir riendo y gozando. ¡Rose, animate! Nuestra felicidad se acerca y tiene aún mayor solidez. ¿No crees lo mismo?

—Creo en ti, Arthur—contestó dulcemente.

Sus manos se acariciaron mien-

tras los cómicos aplaudían con un entusiasmo indecible.

Y la velada siguió con el mismo tono de alegría, con la misma sensación de felicidad que al comenzar.

A la tarde siguiente Rose se dirigió con su novio a la magnífica posesión de Cavendish Square.

Contra lo que podía creerse, no iba temerosa ni melancólica. Había realizado tantas comedias, representando tantos papeles simpáticos o antipáticos en la farsa escénica, que no le causaba desagrado efectuar uno más. Se aprestaba a realizarlo con perfecta tranquilidad de ánimo.

Fue recibida severamente, con extraordinaria gravedad, por parte de la familia del canciller.

La hermana de Sir William, su nieta Clara y el esposo de ésta apenas se dignaron saludarla. La miraban de arriba abajo, contem-

plándola con la ironía que inspira un ser inferior que se atrevió a mirar a las elevadas cumbres inaccesibles.

Pero Rose prescindía por entero de aquellas demostraciones hostiles y le bastaba la sonrisa de Arthur para mantenerse ilusionada.

Después de cenar hubo un silencio de media hora en un coquetón saloncito cercano al comedor.

A Rose, acostumbrada a la alegría de la sobremesa, aquel aburrimiento de cementerio la desesperaba.

Junto a su novio se reía en voz baja porque Arthur le recomendaba piadosamente silencio.

Sentados en sus sillones, con las cabezas ocultas por periódicos, Trafalgar y su hermano dormitaban haciendo más llevadera la digestión.

Clara bordaba y junto a ella su marido, el capitán de las enormes patillas, fumaba vagamente un cigarrillo.

De pronto el capitán Foenix se sentó al lado de su esposa, pero volvió a levantarse ahogando un pequeño grito y poniéndose la mano en la parte posterior de su cuerpo.

Se había pinchado con un alfiler.

Su esposa había tenido la imprevisión de dejar los alfileres en el asiento y Foenix recibía las consecuencias.

Rose se echó a reír ante la cómica postura del capitán; pero los dos viejos se agitaron en sus sillones mientras Clara lanzaba a la "intrusa" una mirada de indignación.

—¿No podrá usted callar?— le gritó.

—Pero... yo... necesito...

—¡Silencio!

Arthur sonrió y murmuró al oído de su novia:

—No contestes. Esta es la hora placida y quieta. Conviene guardar silencio.

—En esta casa todas las horas son iguales, Arthur.

—Un poco de paciencia... Ese ambiente irá infiltrándose en tu modo de ser.

—¡Dios me libre! Tú tampoco querrás eso, ¿verdad, Arthur?

Clara volvió a mirar con sorda ira a la joven y ésta ahogó sus palabras con una risa de conejo.

Un organillo vino a detenerse ante la severa mansión de los Gower y comenzó a esparcer el canto agradable de sus notas.

Rose se levantó de su asiento, entusiasmada por aquella música que le traía de repente toda la fragancia del día anterior.

—¡Oh! ¿No oyes? Es la canción que canto en el tercer acto de *El Amante de Venecia*.

—¡Sí, sí!—dijo Arthur.

—Voy a cantar.

Y poniéndose en medio del salón entonó una tierna melodía

acabada en notas agudas y vibrantes.

Rafael... Rafael...

*Vas a partir el corazón de
[una mujer amante.*

Acompañó su canción con una dicción expresiva, exagerada, dramática.

Clara y su marido se levantaron asustados, y también los viejos fueron turbados en su sueño.

—¡Por Dios, Rose!—murmuraba Arthur temeroso de que su novia se enajenara las simpatías de la familia.

—¿Qué significa este escándalo?—rugió Sir William—. ¿Cree usted que estamos aún en su teatro?

—Casi... casi me lo figuraba—respondió ella con desparpajo—. Como yo no voy esta noche al teatro, el teatro ha venido a mí... ¡Entre los dos existe un afecto tan íntimo!

—Pues en esta casa debe olvidar su anterior profesión.

—Bueno, ya no volveré a hacer comedia.

—Es así como debe comportarse.

Rose, alegremente, fué a sentarse en el suelo en una de sus actitudes escénicas.

—¿Por qué se sienta en el suelo? ¿Es que no tenemos sillas?—rugió sir William.

—Es que así estoy más cómoda.

—¡Levántese en seguida! ¿Es que no tenemos sillas, hermana Trafalgar? ¿Y no sabe usted, Rose, que las señoritas no se sientan en el suelo?

La joven volvió a ocupar un asiento, riéndose en el fondo de su alma de la constante exaltación de aquellas gentes cuyos gustos chocaban tan poderosamente con los suyos.

Ellos eran el orden, la tranquilidad, el espíritu recogido y severo; el alma de Rose, por el contrario, amaba la ondulante inquietud de una vida alegre y superficial.

Temía Rose que su estancia en aquella casa no sirviera para nada práctico. Le parecía absurdo que pudiera haber unidad de criterio

entre aquellos gustos tan opuestos y diferentes.

Pero Rose, que amaba de veras a su novio, tenía el convencimiento de que éste la quería sobre todas las cosas. No debía, pues, temer nada.

Contra aquel amor tan estrecho y fuerte nada podrían las distintas armas de la ambición o de la desigualdad social.

Apareció un criado y dijo a Sir William:

—Las cartas, señor.

Y puso sobre una mesita de tapete verde una colección de naipes.

Se jugaba al tresillo todas las noches a la misma hora, acabándose también las partidas a la primera campanada de las diez.

Todo tenía en aquella casa la rigidez y el orden de un cuartel o de un convento.

El viejo, aspirando de una cajita unos polvos de rapé, acercóse a Rose y le dijo:

—Creo que habrá silencio... mientras jugamos al tresillo.

—Sí, señor—respondió ella, sonriente—. Yo no estorbaré.

Y vió cómo se aposentaban ante

una mesa de un rincón los viejos, Clara y su marido.

—Capitán, le agradeceré que haga todo lo posible para jugar bien esta noche—dijo el canciller a Foenix.

Arthur no se movía del lado de su novia y su situación era violenta, temeroso de que las cosas acabaran mal.

¿Iba a ser posible compaginar la alegría constante y el carácter bullicioso de Rose con aquellos procedimientos de rigidez británica de los Gower?

A cada momento veía más oscurecido el horizonte.

Rose no daba su brazo a torcer y reía jovialmente imitando la actitud ridícula del viejo Sir William.

—¿Es que no tenemos sillas, hermana Trafalgar?—decía ahuecando la voz y haciendo gestos estrambóticos.

—Calla... y no te comprometas.

—¡No tenemos sillas, no!—repetía burlonamente sin hacerle el menor caso a su novio.

—¡Por Dios, Rose! ¡El viejo

no puede oír el menor ruido cuando juega al tresillo!

—Pues que se aguante... Pero... ¡maldito rapé!... Tu abuelo ha esparrado un poco por aquí... y ahora tengo ganas de estornudar.

Apretóse la nariz, pero no pudo evitar un estornudo fuerte como una detonación.

El canciller levantó la cabeza, y los naipes temblaron entre sus manos nerviosas...

—¡Cuidado, Rose! — le dijo Arthur.

—No tengas miedo, que no voy a estornudar más.

No tardaron unos minutos sin que de nuevo atronara el espacio con otro estampido parecido.

Esta vez el viejo William perdió la paciencia. Alzóse de la silla y, amenazando a la joven, rugió:

—¿Está usted tratando de volverme loco?

—Pero... si ha sido el rapé...

—¡Silencio, he dicho! ¡Silencio, silencio!... No puedo aguantar ya más.

Para acabar de crisparle los nervios, la niña volvió a estornudar, esta vez contra su propia voluntad y deseo, pues se daba cuenta del creciente furor del canciller.

—Pero, Rose... — murmuró Arthur.

—¡Salga de esta habitación! — le increpó Trafalgar—. Es imposible tener un poco de quietud a su lado.

Rose, llorosa y turbada por las palabras de ruda protesta, salió de allí, dirigiéndose hacia una sala contigua.

Arthur la siguió, sin saber qué resolución tomar en aquel conflicto latente entre su familia y su novia. Lo absurdo había sido que Rose hubiese ido al palacio.

* * *

La actriz, al ver entrar a su novio, le dijo con expresión exaltada:

—Yo no puedo aguantar más este ambiente, querido Arthur. Me cae encima como una losa de plomo. Créeme. Si llego a saber lo que era en realidad tu casa, en los días de mi vida me acerco por aquí.

—Rose... un poco de paciencia.

—Se me está acabando. Es que tú no sabes el esfuerzo que he de realizar para dominar mi voluntad... Tú también estás cansado de este ambiente, Arthur, pero no te das cuenta...

—¡Cálmate! Estas jornadas acabarán pronto. Y ante nosotros

se presentará el panorama de una vida de amor y paz.

—¡Tus gentes me odian!

—¡Odiarte, no! Son incapaces de ello. Pero si no dan su consentimiento, te he dicho mil veces que me pasaré muy bien sin él... y que para mí tú eres lo primero de la tierra.

—¡Mi Arthur!

Cambiaron un dulce beso y la joven se sintió aplacada en su ira.

¡Que fuera todo por el amor!
¡Sufrimientos, contrariedades, horas de amargura! La recompensa sería luego espléndida y gozada con mayor fruición.

Lo malo era que el temperamento eternamente nervioso de

Rose no se avenía con la forzada cárcel en que debía recluirse.

Al ver un piano que mostraba su brillo de caoba en un ángulo de la estancia, el alma de la joven brincó de júbilo.

—¡Mira el piano!—murmuró con indecible alegría.

—¿Sabes tocar?

—Sí... Yo adoro la música... pero no puedo hacerlo cuando tu abuelo está en casa.

—Mañana, cuando salga...

—Mañana... ¿Por qué no ahora?

Su espíritu juguetón y travieso vencía otra vez a la reflexión.

Saltando alegre y riendo se sentó ante el piano, abrió la tapa y comenzó a arrancar de las teclas armoniosas combinaciones musicales.

Su voz se hizo oír hermosa y vibrante, entonando un trozo de ópera francesa.

Pero el eco se extendía por los salones de aquella casa donde siempre se hablara a media voz.

—¿Qué haces, Rose? ¿Te has vuelto loca?—le increpó su novio.

—¡Déjame cantar! ¿Qué me importa tu familia?

Sir William y los suyos dejaron las cartas y se levantaron poseídos de la más violenta indignación.

¡No había derecho! Aquella muchacha con el mayor respeto se estaba burlando de todos...

Entraron amenazadores en el saloncito donde Rose, en un arranque de inspiración artística, cantaba y hacía filigranas con la música genial.

El canciller levantó su bastón.

—Pero, ¿qué significa eso? ¿Es que en esta casa mis órdenes ya no se obedecen?

—Abuelo, le pedí a Rose que tocara—dijo Arthur con el noble y generoso anhelo de defender a la mujer que amaba.

Rose, cesando de tocar, protestó a su vez con admirable tranquilidad:

—Sir William, Arthur trata de excusarme. He tocado porque he querido. Porque he sentido esa necesidad de mi alma... de mi vida...

—No queda a la gente decen-

te otro remedio que retirarse—gritó el viejo—y dejar a la actriz que represente sus obras sin que nadie la moleste.

Se alejaron mientras Rose les contemplaba con espanto, con repulsión.

¿Qué se habían creído aquellos buenos señores? El alma de Rose pertenecía a ella exclusivamente. Nada más. Nadie la privaría de divertirse y gozar a su manera.

Trafalgar, Clara y su marido miraron despectivamente a la intrusa.

Tenían todos que lamentar la debilidad de Sir William al invitar a aquella mujer.

¿Es que el canciller no tenía bastante experiencia para saber que entre el pueblo y la aristocracia no había nada de común?

¿A qué pretender que Rose, mujer vulgar y libre, despreocupada y sin freno de ningún género, viviera allí?

Lo mejor hubiera sido impedir a toda costa el proyecto de casamiento, obligando a Arthur a abandonar Inglaterra por algunos años para que se le pasara aque-

lla enfermiza pasión, o casarle con una mujer guapa y millonaria que le hiciera olvidar a la otra.

Ya junto a la puerta, Sir William volvióse hacia su nieto y le dijo:

—Arthur, quiero hablarte inmediatamente... en mi cuarto.

Y salió en compañía de sus familiares.

Arthur acarició a su novia y le dijo:

—¡Confía en mí, niña mía!... Nada hará doblegar mi voluntad: ni amenazas, ni ruegos... Tú serás mía... porque es de este modo que te quiero, con tu carácter, con tu alegría, con tu juventud, con el fragor de vida que hay en todas tus cosas.

—Así me hizo Dios, Arthur... y así quiero ser para ti... contra todos.

—¡Gracias, Rose!... Y mira, prefiero permanecer a tu lado. Tengo miedo de que te pudiera amenazar algún peligro... Son muchos tus enemigos.

—¡No! Ve a ver a tu abuelo. Hazlo por mí... Él quiere hablarte.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Sé lo que me dirá... Que te abandone.

—Yo no temo sus palabras, Arthur. Confío en ti.

—No te preocupes, amiguita. Saldremos vencedores de todos.

Y marchó como el hombre que confía en la justicia y en la gloria de su causa.

Rose, al verse a solas, fué sacudida por una risa nerviosa y luego se echó a llorar.



El viejo canciller celebró una conferencia con su nieto, instigándole a que abandonara a Rose.

¿Es que no veía claro?

Era absurda la unión de dos cosas antagónicas. ¿No se daba cuenta de que Rose sería mal vista por todos los elementos aristocráticos de Inglaterra?

¿Qué iban a decir los ilustres Lores, las nobles familias británicas, cuando supiesen que el descendiente de una de las casas más ilustres se había casado con una actriz?

Pero a todos los razonamientos impuso el joven la fuerza poderosa de su amor.

No quería ceder; consideraba y pesaba los inconvenientes, pero no

eran suficientes a contrarrestar las ventajas de aquel matrimonio.

Y, entretanto, Rose en el saloncito seguía llorando y preguntándose cuándo y cómo iba a acabar aquella partida difícil, la lucha de aquel tablero de ajedrez.

Un criado llegó a Rose y le comunicó que unos visitantes preguntaban por ella.

—Dicen que son del teatro Wells...

—¿Del teatro? Dígales que pasen... que pasen... ¡Qué gran alegría, Dios mío!

No tardaron en aparecer unos antiguos compañeros de Rose.

—¡Amigos... mis queridos amigos!—gritó ella poseída de profunda alegría.

—¡Rose!

Mary la abrazó dando muestras de radiante contento.

Luego Rose fué estrechando la mano de los otros tres amigos que habían llegado.

Eran el director de la compañía y los cómicos Tom y Gadd.

Para todos tuvo una palabra galana, una frase dulce, y de modo especial para su amigo Tom, "su hermano"... al que tanto quería.

Procuró apartar de su mente sus anteriores preocupaciones, para mostrarse radiante y feliz, como debe ser una enamorada.

Tom la contemplaba con una sonrisa triste, de pesadumbre. Observaba el fantástico lujo que reinaba por doquiera y todo esto le parecía que era mayor motivo de separación y de distancia.

—¿Y cómo estás, Rose?—le preguntó.

—Mi buen Tom... soy muy feliz... mucho... Creo posible entenderme bien con la familia de Arthur.

—¿Y Arthur?

—Me adora a cada hora más.

—Ya lo esperábamos.

Tom, buen observador, que conocía íntimamente el alma de su amiga, adivinaba en ella cierta inquietud, cierta turbación que en vano pretendía disimular con bullicioso contento.

Al director de la compañía y a Gadd, viendo una jarra de buen vino que estaba sobre una mesa, se les encandilaron los ojos.

Pidieron permiso a la muchacha para beber y ella se lo concedió de buen grado, mientras iba a sentarse al lado de su amiga Mary.

Tom se sentó junto a Rose. La contemplaba a hurtadillas, en silencio, con devoción, sin despegar los labios.

—¿Y qué novedades hay por el teatro?—preguntó Rose.

—¡Una noticia sensacional!—dijo Mary.

—¡Cuenta!

—Pues te presento a mi marido... Nos acabamos de casar.

Y señaló a Gadd, que reía teniendo en la mano una copita de vino.

—Nos contagió vuestro ejem-

plo—siguió diciendo Mary—. Esta tarde el pastor ha bendecido nuestra unión.

—¡Qué gran alegría!... Así querría yo veros a todos... Casados. Pero, explicame, Mary... ¿Cómo fué eso?

—Nada. Hace tiempo que Gadd me cortejaba, ya lo sabías. Pues cuando tú te marchaste para casarte, Gadd me dijo: "¿Y si siguiéramos su ejemplo?" Y ya ves, hoy mismo hemos contraído matrimonio.

—¡Felices, felices vosotros!—decía Rose riendo pero con los ojos bañados de lágrimas al pensar en las dificultades que tenía que vencer ella en su camino amoroso.

Instintivamente, mientras escuchaba a Mary, las manos de Rose se abandonaron en un gesto suave entre las de Tom, que eran para ella manos de hermano.

El enamorado sin esperanza se estremeció y retiró sus manos, temeroso de no poder resistir aquel contacto que le quemaba la sangre con la fuerza inmortal del amor.

—Pero, ¿qué tienes?—la interrumpió Tom de pronto—. Parece como si estuvieras triste.

—No me pasa nada... Estoy tan contenta de veros otra vez, que me entran deseos de llorar.

El director y Gadd disputaron sobre la posesión de la jarra de vino.

Quedaban cosa de tres o cuatro dedos de vinillo rojo y cada uno quería apurarlos.

Gritaron, gesticularon y en tira y alfoja se les rompió la jarra, cayendo rota a añicos y produciendo un fuerte golpe que pareció extenderse por toda la casa.

La disputa iba a degenerar en riña. Tuvieron que acudir las dos muchachas y Tom para poner paz entre aquellos amigos de Baco.

Pero... el rumor de la disputa había atraído la atención de los dueños de la casa que ya se habían retirado a dormir.

Después de tener una infructuosa entrevista con su nieto, Sir William se había metido en su habitación.

Le sorprendió el ruido de cristales rotos y salió al corredor a

tiempo que lo hacían su hermana Trafalgar, sus nietos y el capitán Foenix.

Al escuchar rumor de voces extrañas Sir William y sus familiares demostraron su asombro.

Fué el canciller quien primero franqueó la entrada del salón, y presentóse ante sus ojos un espectáculo inesperado.

Vió disputando a varias personas desconocidas, de aspecto plebeyo, vulgar. Junto a ellas, como presidiendo, se encontraba Rose, muy satisfecha al parecer.

Sir William miró disgustado los cristales rotos de la jarra. Sus nervios se estremecieron al ver que uno de aquellos sujetos dejaba caer al suelo una copa llena de vino que tenía entre sus manos.

Un ¡oh! de sorpresa, de asombro, invadió a todos... al grupo de Sir William y a los mismos cómicos.

Arthur había reconocido a los artistas y temió que aquella entrevista importuna acabara de agravar la situación.

—¿Quiénes son ustedes?—gritó

Sir William barbotando palabras de indignación.

—¡Son mis antiguos compañeros de teatro!—aclaró Rose con una sonrisa amable.

—¿Y han tenido el valor, el audaz atrevimiento de profanar esta casa? ¡Gentuzú!—rugió Sir William.

—¡Borrachos!—gritó Trafalgar.

—¡Gitanos!—exclamó Clara queriendo poner también su nota de odio.

—¡Impertinentes!—dijo el capitán Foenix.

Los pobres cómicos, tan maltratados por aquella gente que no demostraba demasiada finura en sus modales, no sabían qué responder.

Arthur guardaba un silencio penoso... Su alma protestaba contra los injustos conceptos... Pero rebelarse ante gente extraña contra su abuelo...

—¡Salid todos de esta casa inmediatamente!—protestó Sir William en el colmo de la exaltación.

Los pobres artistas de tan abierto corazón y alma tan pura y sim-

pática fueron desfilando hacia la puerta, despedidos por Rose que, con lágrimas en los ojos, les daba cariñosamente la mano.

Rose, al ver marchar a Tom, a su dulce amigo, con gesto tan abatido y triste, no pudo contener el furor que le brotaba en el pecho y, avanzando hacia Sir William, dejando a un lado todo respeto y cariño, gritó:

—¡Es usted un tirano miserable!

—¿Me insultas, ladina, mosquita muerta?

El bastón en que se apoyaba el viejo fué a caer sobre la cabeza delicada de Rose; pero antes de que pudiera hacerle el menor daño ya la joven había cogido la caña y, en un arranque de fiereza, la rompió en dos pedazos, tirándola al suelo.

—¡Me marchó!... No tendrá usted el disgusto de verme más tiempo por aquí—gritó decidida.

—¡Rose! —dijo Arthur avanzando hacia ella.

—¡Me voy con vosotros, amigos míos!—exclamó la muchachita dirigiéndose a sus compañeros.

—¡Rose... no quiero que te vayas!... ¿Te adoro!—gritó el joven ante la puerta.

—Yo también te quiero, Arthur... pero es imposible—respondió tristemente.

—¡No!... ¡Es preciso casarnos!...

—Demasiado tarde comprendo que nuestra unión sería absurda... Tú perteneces al mundo de tu abuelo... yo al teatro.

—¡Entonces, estoy decidido a seguirte y a vivir tu misma vida!

—No, Arthur—y las lágrimas inundaron sus ojos—. Te arrepentirías de ello. ¿No ves cómo se oponen en tu casa? ¿No ves cómo me odian? ¡Olvidame! Yo procuraré hacerlo... y acaso recobre la felicidad..

Y, dándole un furtivo beso en la frente, salió de la estancia acompañada de los cómicos, quienes lanzaban miradas de desprecio a los orgullosos propietarios del palacio.

Y Gadd, que salió el último, gritó con energía mirando a Sir William y a los suyos:

—¡Gentuzá!

Arthur quiso correr al encuentro de su novia, pero su abuelo y sus familiares se lo impidieron.

—¡Déjalos que se vayan!... ¡Ojalá no vuelvan nunca!—rugió Sir William.

—Es que la quiero... la quiero—suplicó el joven.

—Ya te pasará eso—dijo el capitán Foenix—. Todos hemos sido jóvenes y nadie se ha muerto de amor.

Anonadado, Arthur se dejó caer en un sillón y cubrióse el rostro con las manos.



... les contemplaba con espanto...



— ¿Qué novedades les hay por el teatro? —



—Parquet room at suburbanous, Trieste.



— ¡Son mis autitos, compañeros de teatro!



— ¡Es así el en líbreo ansebrable!



— ¡Hoyé... no cabero que te sayas!



honor, que no habia perdido la serenidad ante el hombre a que debia todos sus sentimientos...



—Ten confianza en mí... Soy a ser el favorito mayor de la carrera.

Pasó tiempo...

Vida... muerte... amor... dolor... el pan nuestro de cada día.

Arthur había sido enviado a París por orden de su abuelo.

Y el muchacho, que vivía horas de desorientación, se dejó conducir sin fuerzas para luchar bravamente en defensa de su amor perdido.

No se arrancaba del alma el recuerdo de su amiga. Pero eran tantos los obstáculos, y él era tan tímido, tan poca cosa para afrontarlos...

En París no encontró la alegría... Ni los cabarets, ni las noches en los *music-halls* con revistas de lujo y de ostentación soberana, ni las mujeres sonrientes, le hicieron olvidar...

La alegría es una flor interior, nacida en el alma, y es difícil que germine fuera de ella.

Y Arthur sufría...

Varias veces había tenido la intención de volver a Londres y casarse, contra todas las fuerzas del mundo, con Rose... Pero desmayaba su voluntad.

Se acusaba de ingrato. ¡Haber dejado partir aquel día a Rose de su casa!

¿Por qué no la defendió, aunque hubiera tenido que abrirse paso a mordiscos?

¿Qué pensaría Rose de él?

¿Qué se hicieron de aquellas promesas antiguas, cuando aseguraba de sincera fe y de modo formal que se casaría con Rose aunque se opusiera el mundo entero?

¿Dónde había quedado su palabra de caballero?

Arthur andaba triste y aburrido por París.

Una sola aventura logró conmoverle por algunos días. Fueron sus relaciones efímeras con una artista de cinematógrafo, de extraordinaria fama, que había venido a París a filmar unas películas.

El *flirt* consiguió interesarle una brevisima temporada. Todo fué un pasatiempo, el cambio de unos cuantos besos y de unas palabras galantes. Para Arthur tenía cierto encanto exótico la amable extranjera, cuyo rostro había visto muchas veces en la pantalla y que era admirado por el público; para la estrella la inclinación de Arthur, de noble familia británica, podía significar un casamiento y dar un nuevo auge a su popularidad.

Mas cuando la famosa *vedette* habló un día de lo fácil que es contraer matrimonio, Arthur se asustó y negóse a seguir escuchando.

Envióle una carta renunciando a sus entrevistas y diciendo que

siempre guardaría de ella un buen recuerdo.

Sólo podía casarse con Rose. ¡Y esto se hallaba tan lejano!

La artista de cine sulfuróse cuando recibió la misiva de su amigo. ¡Ah! Cuando ella pensaba poder bordar en su ropa el escudo de una casa nobiliaria, ¡encontrarse con la cruda realidad que la despedía sin contemplaciones!

Para vengarse hizo unas declaraciones a un periodista en las que aseguraba que se llevaba de Europa su desdén por algunas personas que habían traicionado su amistad.

La estrella volvió a América para buscar algún personaje yanqui que le hiciera olvidar con sus amores la defección del súbdito británico.

Sin embargo, Arthur estaba limpio de culpa.

Había sido ella quien se insinuó con sus besos, con sus caricias. Tampoco entre ellos había ocurrido nada más...

¿Cómo iba a cometer él la locura de casarse con una mujer a la

que no quería, cuando su corazón vibraba por la ausente?

Y mientras tanto, Rose había vuelto al teatro. Pero su reaparición no tuvo el éxito grandioso de otros tiempos. Algo le faltaba a aquella mujer al aparecer en escena; estaba como distraída, como desplazada, cual si su alma no viviera el papel que estaba representando... Y el público, que recordaba a la Rose Trelawney de los días mejores, la olvidó.

Las funciones se representaban con el teatro vacío, y el empresario echaba chispas de indignación.

—Pero ¿qué hace usted, Rose? ¿Está enferma?

—No... pero conozco que no soy la misma... Siento que me falta algo.

—Pues anímese, ¡canastos! Le falta un poco de alegría en las escenas cómicas, y en las dramáticas no pone usted demasiada realidad. Todo resulta apagado. ¿Comprende?

—Me hago cargo... pero ya no soy la misma.

Y envuelta en ese doloroso fatalismo, fué decayendo cada vez

más, dejándole de interesar las obras teatrales para pensar en el drama permanente de su alma: en el amor perdido.

¿Dónde estaría Arthur?

¿Habrís conseguido olvidarla?

No le recriminaba ella su ausencia, sino todo lo contrario. Arthur era una víctima de sus abuelos y no podía desatarse de ese yugo dominador de su familia.

Tom, ante la separación de los novios, se había animado algo, pensando que tal vez pudiera substituir con éxito al joven.

Pero los ojos tristes de ella, la indiferencia para todas las cosas, le indicaron bien a las claras que Rose no se quitaba de la imaginación aquella emoción amorosa.

—¿Cómo va ese ánimo, Rose?

—le preguntó.

—¡Cada vez peor!... No te enamores nunca, Tom...

Y Tom bajó los ojos, contrito, dolorido, sintiendo en el alma una amarga pena. Nunca ella conocería la verdad. Ahogaría en su espíritu toda la luz de aquel amor que tal vez causara asombro o risa.

Las cosas iban de mal en peor. Los cómicos, como contagiados del indiferentismo de la primera actriz, realizaban con menos fe cada vez sus respectivos papeles, y el empresario acabó, en vista del poco éxito de público, por suspender la temporada y cerrar provisionalmente el teatro.

Algunos de los artistas del viejo teatro Wells, desmoronado ya ahora, ingresaron en restantes compañías; otros, aun sin contrata, soñaron con una futura reanudación de las funciones en el coliseo donde siempre habían actuado.

Rose pasaba una época muy difícil. Sus ahorros se habían agotado y, sin encontrar contrata en ningún sitio, veía presentarse un porvenir poco halagüeño.

Pero la señora Mossop, bondadosa patrona, de esas que hay que

encontrar como Diógenes buscaba a su hombre, con linterna, se interesó noblemente por Rose y no se disgustó cuando a fin de mes no pudo pagarle el cuarto.

—¡Está bien, hija mía! Ya vendrán otros tiempos... y entonces lo arreglaremos todo.

—¡Qué buena es usted, señora!

—Pero en esta habitación te estás helando...

—¿Y qué quiere usted? Falta dinero para comprar lumbre.

—¿Pues tú no vas a pasar frío mientras yo tenga leña!

Y ella misma le encendió fuego de la chimenea.

Rose agradeció aquellas muestras de cariño. Y mientras contemplaba el fuego encendido le parecía ver entre las llamas azules la imagen del amado, el rostro de Arthur, tan triste y abatido como el de ella.

Una tarde aparecieron varios artistas en el cuarto de Rose. Entre ellos estaban Mary, su marido y Tom.

Ninguno tenía contrata y maldecían al empresario del teatro Wells por haber cerrado el local.

Al ver el fuego crepitante, se sentaron cerca de él, contentos de entrar en calor.

En la calle hacía un frío intensísimo. Estaba nevando a grandes copos.

Tom, sonriente, dijo:

—Si no encontramos contrata, vamos a acabar muriéndonos pronto de hambre. La señora Mossop pronto no podrá fiar más... y es preciso despabilarse antes de que lleguen días peores...

—¿Qué hacer si todo está tan mal?—dijo Rose.

—¡Voy a tratar de encontrar un capitalista para poner en escena mi obra! ¡Todavía he de ser famoso!

—¡Ojalá! ¡Nunca representaríamos una obra con tanto interés—dijo Mary.

Llamaron a la puerta.

Todos se miraron en silencio, preguntándose quién podía ser.

—¡Algún cobrador! — dijo Gadd, sonriendo.

La patrona abrió la puerta y franqueó la entrada a un señor anciano.

Rose avanzó hacia él con profunda sorpresa.

Era el canceller William, el abuelo de Arthur.

El viejo miró fijamente a la actriz y le dijo con frialdad:

—Deseo hablar con usted.

Los cómicos, sin ser vistos por William, que se encontraba de espaldas a ellos, corrieron a ocultarse detrás de un biombo, ávidos de asistir a la interesante entrevista.

Tom no quiso permanecer allí. Le hacía daño cuanto se refería al antiguo novio de Rose, y no olvidaba que este viejo tapado hasta las narices era el responsable de las desdichas de la joven.

Saludó friamente y alejóse. Pero ya en el rellano de la escalera aguardó, sentándose en un escalón.

Marchó también la señora Mossop, a quien aquella visita le pareció cosa de buen agüero.

El viejo, creyendo hallarse a solas con Rose, quitóse el abrigo, acercóse a la chimenea y se sentó sobre un pequeño arcón.

Rose, que no había perdido la serenidad ante el hombre al que debía todos sus contratiempos, exclamó remedando una frase que Sir William le había dicho una vez:

—¿Es que no tenemos sillas, Sir William?

—¡Ah! Bien...

Y sin hacer caso de la alusión burlona que podían significar aquellas palabras, ocupó una silla.

El canciller estuvo unos momentos pensativo, preguntándose cómo iba a empezar para explicar el objeto de su visita.

El día anterior había recibido una carta de su nieto fechada en Bristol, ciudad que el joven había visitado en una excursión.

La carta decía así:

Bristol, jueves.

Querido abuelo: El teatro Wells todavía está cerrado y me temo que la señorita Rose Trelawney esté necesitada. Le ruego que la ayude en todo lo que necesite.

Yo estoy tan contento como podría estarlo el hombre que ha perdido la única mujer que ha adorado en su vida.

¿Comprende mi estado de ánimo, abuelo?

Arthur.

Esta carta causó al canciller desagradable impresión. Ella le indicaba que su nieto seguía pensando en la actriz y que, a pesar

del tiempo transcurrido, no la había alejado de su memoria.

Por otra parte, aquel papel hablaba de la situación indudablemente angustiosa en que se encontraba la artista.

Sir William no era un hombre malo. Cuando las gentes ocupaban el sitio que según él les correspondía, sin procurar pasar a categoría superior, el canciller se sentía a veces hasta compasivo con los de abajo y se daba a sí propio la vanidad de hacer el bien.

No podía olvidar que Rose había renunciado voluntariamente a Arthur y que llevaba ya una porción de meses sin verle.

Quiso, pues, mostrarse generoso y proteger a la muchacha si es que realmente se encontraba necesitada.

—¿A qué debo su visita?—preguntó ella fríamente.

—Ante todo, dígame usted: ¿Sigue cerrado el teatro Wells?

—Sí, señor.

—Mi nieto no se engañaba entonces. Recibí una carta suya en la que me rogaba procurara ayudarla a usted si estaba sin contrata.

Y eso no tengo inconveniente en hacerlo. Ya sabe ahora por qué he venido...

Sacóse la carta del bolsillo y volvió a leerla para sí. Los últimos párrafos no le pareció conveniente que fueran leídos por Rose y rompió la carta en dos pedazos, dando a Rose el papel de la parte superior.

La muchacha leyó profundamente emocionada el párrafo en que Arthur rogaba a su abuelo se interesara por ella.

—Pero, ¿no está Arthur en Londres?—le preguntó.

—Salió de casa el mismo día que usted se fué. Hasta ahora ha vivido en París.

—¡Pobre Arthur!

Y por su imaginación pasó el recuerdo de los breves días de noviazgo, efímeros como la vida de una rosa.

Volvió a leer la carta, y, observando que Sir William se había guardado en el bolsillo el otro trozo, preguntó con un ansia de saber si Arthur decía algo de ella.

—¿No me deja usted leer el resto de la carta?

—¡No le interesa a usted!—
respondió friamente el canciller
quitándole el papel que las manos
temblosas de la joven sostenían.

—Usted sabe bien que me intere-
sa demasiado.

—Sí es así, lo siento por us-
ted... porque pierde el tiempo...
Y acabemos... ¿Cuánto quiere us-
ted?

Quitóse la cartera del bolsillo y
mostró un fajo de billetes. Dis-
puesto estaba a entregar dinero a
aquella mujer, cumpliendo los de-
seos de su nieto.

Ella no respondió, mirando al-
tivamente al hombre que quería
humillarla.

—Le pregunto que cuánto quie-
re—insistió el viejo.

—¡Gracias! ¡No necesito ayu-
da!

—Pues yo pensé...

Extrañóle la actitud serena de
la actriz. ¡Y él había creído que
se encontraba en la mayor mise-
ria!

—¿De modo que no necesita
nada?

—De usted ¡no!... Y no tenga

miedo por Arthur... No volveré
a verle.

—Así debe usted obrar siempre.
Entre mi nieto y usted existe una
barrera.

—¡Lo sé!... No tema que la
salte...

Pero había sido demasiado in-
tenso el esfuerzo realizado por su
voluntad, y de pronto se echó a
llorar y murmuró:

—¡Pobre de mí!

El viejo canciller se sintió re-
pentinamente conmovido ante el
dolor de la artista.

Viendo sus mejillas bañadas en
llanto, lamentó con toda sinceri-
dad que ella no quisiera unos bi-
lletes para hacer más llevadera su
situación. Él quería protegerla,
pues no olvidaba que por espontá-
nea voluntad había renunciado a
Arthur y esto bien merecía una re-
compensa.

—¡Vamos, cálmese usted!...

—¡No puedo! ¡Déjeme llorar!

Mary y sus amigos ocultos de-
trás del biombo habían escuchado
el diálogo, y ahora, al oírla llorar,
no quisieron demorar su interven-
ción y salieron de su escondite.

—¿Rose! ¡Querida Rose!—dijo Mary corriendo a abrazarla.

El canciller se sorprendió ante aquellos inoportunos que habían asistido a la entrevista. ¿Con qué derecho se ocultaron?

—¿Por qué estaban ustedes aquí? ¿Cómo no salieron?—les gritó con voz amenazadora.

Gadd, riendo, avanzó hacia la puerta y la abrió de par en par.

Sir William hizo un gesto de indiferencia.

Volvió a mirar a Rose, que lloraba con la cabeza oculta en el regazo de su amiga, y alejóse lentamente, comprendiendo que allí era visto por todos con gran hostilidad.

Lamentaba lo que ocurría a la actriz. Sentía la miseria en que se veía envuelta. Y pudiendo él proporcionarle los medios para que viviera bien, los rechazaba por una exageración de su dignidad...

Mirando altivamente a los cómicos salió de aquella estancia. Al ir a descender por la escalera encontró en el rellano a uno de los artistas, a Tom.

Sin poderse contener, llevado

de la repulsión que le inspiraba aquella gente, Tom le dijo:

—¿Por qué vino usted aquí, señor? Para hacer llorar a nuestra pobre mártir, ¿no?

El canciller protestó.

—He venido a ayudar a su amiga... pero no quiere. ¿Qué culpa tengo yo del estado en que se encuentra? Le daba los medios para salir de él, porque aunque ustedes me consideren despreciable, fui siempre bueno para los que dejaron de estorbarme.

Lord William parecía hablar con menos dureza que otras veces, como si al recuerdo de las lágrimas de Rose se hubiese humedecido el duro granito de su alma.

—Es natural que Rose no quiera aceptar su ayuda—dijo Tom—. ¿A quién sino a usted debe lo que está sufriendo? Y ella es bien digna de otra suerte que a la que la condena la adversidad.

—No es culpa mía... Usted no puede comprender bien lo que para nosotros significa un casamiento desigual. Todo protesta contra ese intento absurdo. Si usted estuviera en mi puesto estoy conven-

cido de que se opondría con todas sus fuerzas.

—Pienso lo contrario. Creo que el amor no tiene distancia y que cuando cae baña por igual las almas pobres que las ricas. Además que la nobleza no se adquiere por títulos heredados, aunque éstos sean muy respetables; la nobleza nace en uno; las acciones de la conciencia son los mejores pergaminos y blasones.

—¡Bah! No nos entenderíamos... Somos de dos mundos diferentes. Yo estoy ligado a mi pasado... Sin embargo, crea usted que siento con toda mi alma la situación de esa chiquilla... No he visto terquedad igual. ¿Por qué no querrá una ayuda que yo le presto como agradecimiento, sin ninguna condición? Mi deseo sería que ella pudiera volver al teatro a reanudar sus actuaciones.

Una sonrisa de alegría iluminó las facciones del cómico. Pareció nacer en su cerebro una importante idea, y exclamó jovialmente:

—Vamos a ver. ¿Quiere usted ayudar a esa muchacha sin que ella lo sepa?

—¡Encantado! Pero, ¿de qué modo?

—Yo sé cómo usted puede ayudarla... de verdad.

—Dígame.

—Adelantando usted dinero para que se pueda representar mi comedia *La Vida* en algún teatro de esta capital, en el propio teatro Wells, por ejemplo. La protagonista sería Rose Trelawney. Estoy seguro de que la alegría volvería a animar los ojos de la muchacha, y al propio tiempo mejoraría notablemente su situación económica.

—No tengo inconveniente. Ya que dicen ustedes que yo soy culpable de las lágrimas de Rose, quiero enjugarlas en lo que pueda. Conque, acepto su proposición.

—¡Gracias, Sir!

—Venga usted a mi casa y hablaremos... Y crea... sentiré una legítima satisfacción en ayudarles...

Ambos hombres marcharon de allí de perfecto acuerdo. Tom se sentía lleno de júbilo al comprender la intensa alegría que iba a proporcionar a la mujer amada... por él y por otro.

Varios días después Tom había logrado realizar sus planes. El canciller, como si quisiera descargar su conciencia del daño causado a una mujer joven que no había cometido otro pecado que encontrar el amor en un plano superior al que ella se encontraba, no reparó en medios económicos para que pudiera efectuarse la representación de *La Vida*.

Hablaron con el empresario del teatro Wells, quien ante la cantidad que se le ofreció como adelanto y en compensación de pérdidas que pudieran experimentarse, no vaciló en abrir de nuevo las puertas de su local.

El canciller había comunicado a su nieto político, el capitán Foenix, su generosa intervención.

—Me parece cosa excelente ayudar en lo que sea a la muchachita que ha renunciado a nuestro Arthur.

—Celebro que encuentres buena mi conducta, Foenix. Pero no digas ni una palabra de ello a Clara ni a tía Trafalgar. Nos echarían al suelo lo que hicimos.

—Por mí nada sabrán.

Trafalgar y su sobrina no habrían seguramente visto con buenos ojos el gesto del canciller.

Para ellas cualquier trato con aquellos cómicos era cosa de pecado que merecía la execración de las personas decentes. ¡Malparada hubiera resultado la reputación de Sir William de haberse ellas enterado de que andaba en tratos con aquella gente!

Tom se hallaba radiante de júbilo por dos motivos. Primero porque iban a estrenar su obra, en la que tantas confianzas tenía puestas, tantas ilusiones concebidas; después, porque su amiga Rose dejaría de sufrir las amargas consecuencias de la escasez.

Comunicó a sus amigos quién era el generoso Mecenas que tan espléndidamente se comportaba y todos quedaron asombrados al conocer su nombre. Les pareció Sir William menos antipático que antes, más humano y cordial.

—Le enternecieron las lágrimas de Rose...

—Así fué—respondió Tom—. Pero evitemos que Rose se entere de la verdad. Que crea que es un amigo mío, un desinteresado protector el que abona los gastos de la obra. Si supiese que se trata de Sir William, no aceptaría representar mi comedia. Y la protagonista de mi obra no puede ser otra que Rose... Yo la escribí pensando en ella.

—No diremos nada. Nunca sabrá Rose la verdad.

Tom, con la nerviosa felicidad

del autor que por primera vez va a estrenar en escena, notificó a Rose la noticia del próximo estreno.

—... Y quiero que tú seas la que representes el primer papel.

—Sí, Tom, sí... ¡Qué alegría tengo! Pondré en tu comedia toda mi alma, todo mi entusiasmo... ¡Deseo tanto que triunfes!... Lo tienes merecido después de tu calvario.

—No esperaba menos de ti, Rose... ¿Verdad que volverás a ser la de antes?

—¡Sí... sí!...

Palmoteó de júbilo. El anuncio de que su amigo, su "hermano", iba a estrenar su obra merced al desprendimiento de un Mecenas amable que ella no conocía, le inundó de loco júbilo.

Era tal el contento que su amiga demostraba, que Tom pensó si el amor de otros días había desaparecido ya con las lágrimas derramadas y con el transcurso del tiempo.

Y la esperanza, que no muere nunca, la lejana posibilidad de poder aún conquistar el corazón de

la mujer no olvidada, llenó repentinamente el espíritu y la vida de Tom.

¡Oh, si después de la alegría de estrenar su obra y de triunfar tuviese la coronación suprema y divina del cariño de Rose!

Para Tom, Rose lo era todo: la tranquilidad espiritual, el optimismo y la dulzura de la vida.

Sin Rose todo tendría una melancolía de otoño... y su juventud, el calor ardiente de sus años mozos se enfriaría entre las masas de hielo de la vejez prematura.

Teniendo a ella, oyendo de sus labios un sí... ¡qué cúmulo de emociones y de audacias nuevas surgirían en su alma!

—Dime, Rose—le preguntó. ¿Estás curada de aquello?

—¿De qué?

—Del recuerdo de Arthur... Te veo tan feliz, que me parece que ya olvidaste al hombre que tan amarga tristeza dejó en tu vida.

Ella irguió la hermosa cabeza bajo la cual los ojos brillaban con inextinguible hoguera pasional.

—¡No... eso no!... Tú eres mi compañero fiel, Tom, mi hermano... y para ti mi alma no debe tener secretos. Pues bien; no dejo de recordar ni un día a Arthur... Aunque quisiera, ese recuerdo no se borraría de mí... ¡Oh, Tom! Tú no puedes comprender lo que es eso...

Tom se mordió los labios y frotóse las manos con nerviosidad.

¿Y había podido ser tan iluso?

¡Loco!

Melancólico, sólo tuvo valor para decir:

—Pues yo pensé que le habías olvidado.

—Hay cosas que no mueren, Tom. Si tú amases, lo comprenderías mejor...

Teniendo que la emoción le vendiera, despidióse rápidamente de su amiga y volvió a su cuarto.

Ya allí se echó sobre la cama, cubriéndose las manos con el rostro.

¿De qué le iba a servir la gloria, el éxito, el júbilo de considerarse autor dramático, si su alma estaba muerta?

Los motivos le habían llevado a solicitar de Sir William su ayuda. El que le diera medios para estrenar su comedia y el que Rose pudiera salir de la situación en que se encontraba.

Rose tendría de nuevo contratos... pero no sería feliz. El amor por el aristócrata mandaría en ella dirigiendo sus pensamientos.

¡Ah! ¡Qué daño le hacían aquellas palabras de Rose: "Si tú amases, lo comprenderías mejor!..."

¿Que era toda su vida sino un amor imposible, un amor sin correspondencia que sólo podía vivir en su mundo interior y que moriría consumido por el hielo de la sorpresa y del asombro al surgir a los labios?

Tom y ella sufrían por el mismo mal. Pero la joven encontraba el consuelo de que los demás supieran su pena. Tom ni eso tenía. Su obligación era la de estar alegre, puesto que iban a estrenar su obra, el supremo anhelo de sus ansias.

Estuvo una noche desvelado, oyendo contar las horas del reloj de una iglesia vecina, campanadas

de bronce que parecían decirle que su mal no se remediaría nunca.

Fue al amanecer cuando su cerebro pareció aclararse, como el del hombre que acaba de tomar una resolución definitiva.

Rose no sería nunca suya; eso era casi axiomático. Aunque Arthur desapareciera para siempre, el amor de hermana que la joven experimentaba hacia él no se convertiría en otro género de sentimiento.

¿Por qué, pues, no hallar en el sacrificio, en la satisfacción inmensa de hacer el mejor bien posible a los demás, sin recibir ni una gotita de este bien, la alegría elevada y noble de su corazón?

Si su destino era el de permanecer solo y vivir sin el verdadero amor, ¿por qué no hacer que los otros saliesen de una situación idéntica y Rose fuera amplia, totalmente feliz, en su radiante juventud?

Este pensamiento le produjo una noble serenidad, pensamiento noble y augusto que le enorgulle-

ció más que si le hubieran dado un título aristocrático.

Son pocas las almas heroicas capaces de realizar por la felicidad ajena un gesto sublime.

¿Y él sería un alma heroica?

Buscaría a Arthur, lo llevaría a presencia de su antigua novia y le pediría que se casase con ella.

Arthur, que era un caballero,

no rechazaría aunque se amontonasen nuevas dificultades, aquella soberana ocasión.

Y Rose y el aristócrata se casarían...

¿Y él?

¡Bah! ¿Qué importaba?

En la vida hay peleles, muñecos, autómatas... Tom sería uno de ellos. Habría regalado su alma.



En las principales calles de la ciudad aparecieron carteles de vivos colores con estas palabras:

TEATRO WELLS

LA VIDA

Comedia en tres actos, por Tom Wrench

Interpretada por Rose Trclawney

Los ensayos se hacían febrilmente. Cuatro días después iba a tener lugar el estreno.

Tom iba como loco de un lado a otro dirigiendo la representación, en la que él no tomaba parte como actor, limitándose a ser el director artístico.

Los cómicos procuraban sacar todo el partido posible de sus papeles, interpretando con verdade-

ro cariño los personajes. También Rose se esforzaba en ser la de antes, en entregarse e identificarse con su creación como en las antiguas horas de triunfo.

Una tarde Sir William, acompañado de su nieto político el capitán Focnix, llegó al teatro.

Deseaba ver la representación.

Tom corrió a saludarles; y como ellos demostraran su desco de que Rose no les viera, el director les condujo a un palco donde discretamente ocultos por unos cortinajes podían mirar y oír sin ser observados por nadie.

—Me alegra que hayan venido ustedes al ensayo. La obra va resultando sencillamente formidable. Y crean que hay cosas sorprendentes.

Sir William sonrió.

—Veremos si sale usted convertido en discípulo de Shakespeare —le dijo.

Tom volvió al escenario, dirigiendo las diferentes escenas. Explicaba ahora a Rose cómo debía representar su papel.

—Cuando se levanta el telón tú apareces en escena sola... Estás sentada y cosiendo. ¿Te vas enterando?

La joven sonrió tristemente.

—Sí, Tom... pero tengo miedo... Me temo haber perdido mi talento de actriz.

—No digas eso.

—Mi corazón está lejos de aquí, Tom. Ya sabes por qué—le dijo en voz baja.

—Vamos, no vuelvas con tu tema—exclamó sonriente—. No lo permito. Estás para mi obra y para nada más... Ten confianza en mí... Va a ser el triunfo mayor de tu carrera.

—¡Ojalá!

—Mira—agregó sonriente—. Ensayaremos tú y yo esa escena... Como no ha venido aún al teatro el primer actor, yo haré sus veces.

Atención... Como te he dicho, tú estás cosiendo... y pensando en tu amado, al que no has visto hacer mucho tiempo... Mientras coses, repetirás como una obsesión: "Gerardo, Gerardo... ¿por qué te dejé ir?...". Y Gerardo, cuyo papel voy a hacer yo ahora, entrará en escena de puntillas, se acercará a ti y te tapará los ojos... De ese modo, ¿ves?

Tom salió de escena y volvió a entrar cubriendo con sus manos los hermosos ojos de Rose.

¿Comprendes ahora? ¿Darás vida y ánimo a esa hermosa escena?

—Sí, Tom, sí...

—Pues vamos a ensayarla formalmente... Ea, ponte a coser... piensa en tu novio... habla...

La joven hizo lo que le ordenaban y comenzó a pronunciar las palabras de evocación que el apuntador le dictaba.

Tom, sonriente, se dirigió a bastidores.

Llamó a un joven y le dijo:

—¡Ahora entra usted!

—¡Gracias, Tom!

Y en escena apareció el propio

Arthur, el nieto de Lord William, quien avanzó de puntillas hacia su amada Rose que, de espaldas a él, estaba cosiendo y representando su escena de enamorada.

El más grande asombro se pintó en los ojos de Sir William y de Foenix.

—¡Di... di... go!—exclamó el capitán.

—¿Qué es eso?—añadió asombrado el canceller.

Los cómicos, enterados previamente de la hermosa comedia tramada por Tom, escuchaban anhelantes.

Ajena a todo, la dulce joven co-sía y decía:

—Gerardo... Gerardo... ¿por qué te dejé ir?

Sintió que unas manos le cubrían los ojos: las de Tom.

Sonriente, apartó con las suyas las del enamorado de la comedia, y, al volverse, quedó pálida por la sorpresa y sin poder articular palabra viendo junto a ella a Arthur.

Saltó de la silla.

—¡Arthur! —gritó—. Pero... no... no... ¡Dios mío! ¡Yo estoy loca!...

Creía en una aparición, en una visión absurda.

La voz dulce del aristócrata la hizo volver a la realidad.

—¡Rose... mi Rose!... Soy yo... Arthur... tu Arthur... ¡Mírame!...

La muchachita temblaba. La invadía un sudor frío, angustioso...

—¡Dios mío!—suspiró—. Pero tú... tú... ¿Es posible?

—A tu lado para siempre... para no olvidarte ya jamás, querida Rose. Te quiero y ya nada del mundo me hará apartar nuevamente de ti.

—¡Arthur!...

Las lágrimas se escapaban de sus ojos...

—Pero, ¿quién iba a pensar que tú?... ¿Qué comedia es esta? ¿Cómo sabías, Arthur?

—Todo se lo debemos a tu amigo Tom. El preparó esa gran sorpresa. Nuestra dicha se la debemos a él.

—¡Tom, buen Tom!... ¡Qué bueno eres!

Y la joven, desprendiéndose de los brazos de su amado, corrió hacia Tom y le dió un fresco beso en la frente.

—Hermano... hermano bueno... Ahora sí que pondré en tu obra el ardor que me faltaba... ¡Gracias, Tom!

El sacrificado sonrió tristemente.

—No tengo otro ideal sino que seas feliz—dijo Tom, emocionado.

Acudió Arthur, estrechando cordialmente la mano del que ya consideraba su mejor amigo.

Y todos los artistas aclamaron con frenético delirio a los novios y al desinteresado protector.

¡Amable y simpático Tom que había ideado con tanta finura, con tan bella discreción, aquel encuentro!

Seguramente la admiración hubiera crecido con la sorpresa que causan las acciones heroicas, de saber que Tom amaba a Rose... y la entregaba con un valor incomparable a su propio rival.

Sir William y su nieto político no salían de su asombro. El primer movimiento del viejo canciller fué de protesta, de ruda protesta contra los autores de aquella comedia burda. Luego, sin saber por qué, al ver a su nieto en escena, se

enterneció.

—Di... di... go... —repitió el capitán Foenix—. ¿No ve...? Di... go... tener un actor como cuñado.

Pero el canciller sintió en el alma un ansia de perdón, de bondad, como si a la vista de aquella felicidad ajena su alma sintiera el contento de tomar parte en la misma.

—¡Buena la hicimos!—murmuró—. ¡Y he pagado yo dinero para eso!... Vamos, Foenix, vamos...

—¿Pero no quiere usted hablar con su nieto?

—No... Te lo confieso, Foenix. No me siento con fuerzas para manifestar mi protesta. Ya veremos lo que se tiene que hacer... Marchemos... Me sentiría humillado si mi nieto me viese ahora aquí.

Y cabizbajo, con un abatimiento que nunca había sentido, apoyándose en el brazo del capitán, el viejo canciller, el roble orgulloso y fuerte, se retiró para que nadie le viera.

Tom le vió partir, pero nada dijo...

Tenía confianza en que todo se arreglaría bien.

Había sido el propio Tom, en uno de los arranques generosos de su alma, el que había mandado a buscar a su rival.

Enterado por un criado del canciller de que Arthur se encontraba en París, Tom le escribió una carta tan tierna, tan conmovedora, que el joven se puso inmediatamente en viaje.

Le decía que volviese a Londres y le recordaba su palabra de casamiento.

¿Es que un noble inglés iba a abandonar a la mujer con la que prometió casarse?

Tom, confidencialmente y con verdadera sinceridad, le confesaba que Rose se consumía como una planta alejada del sol.

La actriz amaba a Arthur, y si

ese amor no se realizaba, seguro estaba Tom de que la joven artista tendría para siempre obscurificada su vida.

Aquella carta causó un efecto inmediato a Arthur. Fue lo que despertó sus energías apagadas durante su ausencia, lo que volvió la voluntad a su alma.

Dos días después estaba en Londres. Hospedóse en un hotel y fue a visitar a Tom.

Y los dos hombres se pusieron rápidamente de acuerdo para realizar la fina comedia que debía devolver a Rose la tranquilidad y el gozo espiritual.

Ignoraba Arthur lo grandioso de la conducta de su nuevo amigo; lo que la hacía sublime y que era

digno de ser cantado en poéticas estrofas.

Y todo ocurrió, pues, como se había previsto.

La reconciliación entre Rose y Arthur era un hecho. El casamiento iba a serlo pronto.

Al día siguiente del interesante ensayo Arthur fue a visitar a su abuelo en el palacio de Cavendish Square.

Sostuvo con el viejo una lucha ruda, enérgica, un desafío implacable de las teorías arcaicas y las nuevas ideas sin privilegios.

Y Arthur venció.

—Si no me das el permiso no importa. Me casaré de todos modos. Y esta vez no volveré atrás. He sido un cobarde hasta ahora, pero voy a enmendar mi yerro.

En vano le hizo el abuelo profundas consideraciones, mostrándole los retratos de los antepasados, gente de vida formal que se casó con mujeres de su clase.

—¡Al fuego con todos ellos!— gritó Arthur, exaltado.

No le importaba lo que habían hecho aquellos buenos señores. Se

trataba de la dicha de él, y esta vez la suerte estaba ya echada.

Y el aristócrata de viejo cuño, ante la idea de perder para siempre a su nieto, el legítimo heredero de su nombre, tuvo que ceder.

Al fin y al cabo Rose era una buena muchacha... Y vaya usted a saber si en su ascendencia había habido algún noble... Todo era posible...

—No me opongo a tu boda, ya que tal es tu voluntad...—dijo al fin—. Llevamos mucho tiempo luchando y esa guerra a muerte acabaría por consumirnos a todos: a tí y a mí... Cásate enhorabuena... y dame pronto herederos que hagan que el nombre de Gower no desaparezca... Tu hermana Clara y el capitán no tienen hijos. Procura tú no imitarles en ello.

Arthur sonrió, dándole bellas esperanzas.

No, la raza no se extinguiría. Aquel amor que había pasado por tantas vicisitudes tendría una coronación simpática.

Cuando Trafalgar, Clara y su marido se enteraron de que el canceller había dado su consentimiento

to, prorrumpieron en exclamaciones feroces, queriendo que retirase la palabra que ponía sobre el limpio escudo de los Gower una sombra de plebeyez.

El viejo movió la cabeza. Había dado su autorización y no volvía atrás. Estaba harto de malas ca-

ras y de ver triste a su nieto. Y Arthur protestó contra la suposición de que el escudo nobiliario de la familia iba a acompañarse.

Todo lo contrario. Los blasones del verdadero amor pondrían su nota augusta y real, ennoblecendo todavía más aquel escudo.

* * *

Llegó el día del estreno de la obra. Arthur en obsequio a su novia y a Tom quiso representar el papel de Gerardo, a pesar de la oposición que la familia de él en peso hizo al proyecto.

Él pagaría la gallardía de Tom representando aquel papel. Después se retiraría de su breve paso por las tablas, lo mismo que Rose, cuya despedida iba a ser definitiva.

La tía Trafalgar y Clara no quisieron asistir a la función. ¡Arthur convertido en un histrión cualquiera! ¿Cabía rebajarse más?

Pero Sir William y su nieto político Foenix ocuparon un palco proscenio.

Lamentaban que Arthur representara la comedia; pero siendo

imposible evitarlo, se resignaban.

El éxito de la función fué grandioso.

Tom quedaba consagrado como una primera figura del mundo dramático.

La escena de amor entre Rose y Arthur resultó deliciosa, con tan delicada realidad, que el selecto público que llenaba el local prorrumpió en estruendosas ovaciones.

Arthur se hallaba al principio emocionado; pero Rose le dijo en voz baja:

—No tiembles tanto... Lo haces admirablemente.

Y aquellas palabras le dieron fe y en el resto de la función estuvo sobrio y admirable.

Y mientras en escena se besaban al acabar el último acto, proclamando la unión de sus corazones, allá, entre bastidores, Tom se dejaba caer en un sillón y lloraba su amor definitivamente perdido.

El público reclamó a la terminación la presencia del autor, y Tom salió a recibir los aplausos de la concurrencia dando la mano a Rose y a Arthur.

Las ovaciones fueron inenarrables... Tom temblaba... Su mano, unida a la de Rose, se agitaba vibrante.

Rose le murmuró al oído:

—Estás muy emocionado, Tom. ¡Animate! ¡Seguirán muchos éxitos como este!

Él calló.

Ya no le importaban.

Los hubiera dado todos por tener el amor que el destino le había negado.

Luego, cuando terminó la función, fué felicitado por todos sus compañeros y por los críticos teatrales.

Iban éstos a ensalzarle como se merecía en las columnas de la prensa.

Y Tom acabó por contagiarse de aquella alegría, de aquel éxito que le rodeaba.

¡A levantar la cabeza, demonio!
¡A mirar la vida frente a frente y sin miedo!

¡Era todo un hombre! Tal vez nadie hubiera hecho un acto como el suyo, de contribuir a la dicha de su rival.

Y la satisfacción de haber realizado el bien le llenó de una paz inefable...

Sus ojos se alzaron hacia Dios, el Supremo Ser, que era el único que podía comprender toda la extensión del sacrificio de su alma.

¡Sólo Él! ¡Ojalá le diera fuerzas para hacer llevadera su resignación.

La gente fué desfilando y comentando el espléndido éxito obtenido.

Sir William y su yerno político se dirigieron al escenario y, dejando a un lado su orgullo, felicitaron a Rose, Tom y Arthur.

La muchacha tembló al ver al hombre que tan duramente la había tratado otras veces.

—¡Vamos, no tengas miedo,

Rose... y perdóname mis desplantes anteriores!... Ven a mis brazos, nieta mía...

—¡Señor!...

—Llámame abuelo...

—¡Abuelito!

Se fundieron en un abrazo... El pasado y el porvenir se unían...

• • •

Un mes después se efectuaba la ceremonia de la boda, sencilla, sin ostentación, a la que no asistieron ni tía Trafalgar ni Clara, tercas aún en su orgullo.

Al cabo de un año llegó el suspirado heredero de la familia. Un robusto niño, al que se puso por

nombre William, como el abuelo.

Y lo que nadie había conseguido lo logró con su sonrisa dulce este niño ideal... Y tía Trafalgar y Clara estrecharon contra su corazón a Rose, la hermosa criatura que había sido la urna magnífica de la raza que iba a continuar...

FIN

E

N



El despertar

por **Vilma Banky**

Emocionante asunto que
cautivará al lector.



P

R

E



Mr. Wu

por **Lon Chaney**
y **Renée Adorée**

Drama del misterioso
Oriente

.

Numerosas ilustraciones
fotográficas

Artísticas portadas



A

R

A

C

I

Ó

N

¡Siempre lo mejor entre lo mejor!

COLECCIONE LISTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Vida Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Sirogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Miller.—La princesa que supo amar, por Hugette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 15, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien Cobra, por Rodolfo Valerino.—El fin de Montecarlo, por Francesca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Glorie Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Tripoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Agullas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lou Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Bánky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Bailarina de la Opera, Ben-Ali, Los Cuatro Diablos, ¡Río, payaso, río!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, ¡Nostalgia!... y La ruta de Singapore.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.